





# CORRIENTE ALTERNA



# CORRIENTE ALTERNA



Corriente alterna / Eugenia Almeida ... [et al.]. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación Filba, 2018.  
136 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-46898-0-1

1. Relatos. I. Almeida, Eugenia  
CDD A863

- © Eugenia Almeida, 2017
- © *La Voz del Interior*, Córdoba, Argentina
- © Rosario Bléfari, 2016
- © Lecturas Ediciones, Chile
- © Gabriela Cabezón Cámara, 2011
- © CBQ Agencia Literaria
- © Jorge Consiglio, 1999
- © Mariana Enriquez, 2016
- © Casanovas&Lynch Agencia Literaria, S.L
- © Federico Falco, 2004
- © Eterna Cadencia Editora
- © Inés Garland, 2018
- © CBQ Agencia Literaria
- © Iosi Havilio, 2018
- © Pedro Mairal, 2011
- © Eduardo Sacheri, 2000
- © Penguin Random House

© De esta edición: 2018, Fundación Filba  
ISBN 978-987-46898-0-1  
Hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Diseño de tapa: Krystopher Woods  
Corrección y maquetación: Claudia Arce  
Impreso en la Argentina

 @FundaciónFilba  
 FundacionFilba  
[www.filba.org.ar](http://www.filba.org.ar)

## Índice

Prólogo	9
Ese verano a oscuras. <i>Mariana Enriquez</i>	13
Embarrados. <i>Jorge Consiglio</i>	27
El golpe del Hormiga. <i>Eduardo Sacheri</i>	43
Lluvia de fuego. <i>Eugenia Almeida</i>	59
The way you look tonight. <i>Inés Garland</i>	71
Cenicero. <i>Rosario Bléfari</i>	77
No mata. <i>Gabriela Cabezón Cámara</i>	85
Un hombre feliz. <i>Federico Falco</i>	93
La mula. <i>Iosi Havelio</i>	107
Hoy temprano. <i>Pedro Mairal</i>	117
Sobre los autores	127



## Prólogo

Cada año la Fundación Filba celebra la literatura en cada festival, cada encuentro con lectores, cada visita a una escuela. Como río fuera de su cauce, buscamos que la literatura circule e inunde todos los rincones posibles.

El proyecto *Corriente alterna* es parte de esta búsqueda a través del impulso de dos tipos de encuentro: el encuentro con el libro mismo y el encuentro con el escritor o escritora. Por un lado, entonces, les presentamos esta edición que tienen entre sus manos, en la que reunimos textos que creemos valiosos, para leer y releer, compartir y regalar. Por el otro, les acercamos la posibilidad del encuentro “real” con los autores y autoras incluidos en la antología. Como un buen cuento siempre deja más preguntas que respuestas, nos imaginamos que todos estos cruces pueden ser buenas ocasiones para charlar sobre el proceso de escritura, la formación lectora, los universos narrativos, ¡sobre libros!

*Corriente alterna* es una invitación a salirse del programa habitual de lectura de las escuelas para acercarse a la literatura viva. Los autores y autoras que forman parte de esta antología están conectados con su época, escriben mirando por la ventana hacia la calle, intentan hacer co-

nexión con algo más allá de ellos mismos, aunque no sea necesariamente de manera explícita. En sus relatos e historias se respira una atmósfera que permite interpretar y leer lo contemporáneo, configurando un imaginario colectivo, proyectando un “nosotros”.

La fuerza literaria que atraviesa los cuentos de esta antología se expresa en la pluralidad de universos y estilos que cada uno de los autores y autoras trabaja. Es una escritura en movimiento en la que se cruzan la capital y la provincia; la familia y los amigos; el pasado y el futuro; el amor y la política; los sueños y la muerte. Esta diversidad de voces configura una riqueza de puntos de vista y escrituras que invita a entender la literatura contemporánea desde sus similitudes, diferencias y matices.

El fervor adolescente y la pregunta por quién finalmente es el monstruo es uno de los interrogantes que deja abierto el cuento “Ese verano a oscuras”, de Mariana Enriquez, donde las palabras se transforman en imágenes y el miedo se mezcla con una ironía que duele.

“Hoy temprano”, de Pedro Mairal, y “Un hombre feliz”, de Federico Falco, están atravesados por las contingencias cotidianas y el relato de lo íntimo, que conforman escenarios de lo que queremos ser o no.

Personajes que parecen perdidos en sus propios mundos, que habitan un no-lugar donde todo les resulta ajeno y solitario, son los que están en “Cenicero”, de Rosario Bléfari, y “Lluvia de fuego”, de Eugenia Almeida.

La transgresión y la violencia cotidiana son el eje de “No mata”, de Gabriela Cabezón Cámara, que transforma la palabra en golpes, y “Embarrados”, de Jorge Consiglio, donde la violencia estalla en el momento más sorprendente.

La juventud, el erotismo y la mirada sugerente, sin cortinas ni intermediarios, son los temas que narran las historias de “The way you look tonight”, de Inés Garland, y “La mula”, de Iosi Havilio.

En “El golpe del Hormiga”, de Eduardo Sacheri, se leen los sueños, las utopías y la pasión que movilizan a un grupo de amigos durante años.

Esta antología es una forma de dar testimonio de una época, de una experiencia, de una memoria. Es algo así como la otra versión de un relato literario tradicional, que funciona como un espejo que proyecta sueños y deja marcas.

*Corriente alterna* es nuestra fiesta, es nuestro *carpe diem*, es nuestro futuro. Vení a leer con nosotros.



# Ese verano a oscuras

Mariana Enriquez

## Enriquez x Enriquez

Crecí en Lanús y La Plata, donde escribí mi primera novela a los 17 años, *Bajar es lo peor*, que se publicó en 1995. Desde mediados de los 90 trabajo como periodista y actualmente como editora en el suplemento *Radar* de *Página/12*; también trabajo en radio y soy docente de la Universidad de La Plata. Publiqué mi segunda novela en 2004, *Cómo desaparecer completamente*, y a partir de ahí entré en calor como escritora y fui capaz de escribir y publicar más seguido: el libro de cuentos *Los peligros de fumar en la cama* (2009), la nouvelle *Chicos que vuelven* (2010), las crónicas de viaje *Alguien camina sobre tu tumba* (2013), la biografía-perfil de Silvina Ocampo *La hermana menor* (2014), los relatos de *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016) y la novela *Este es el mar* (2017). En general, en ficción, suelo escribir cuentos extraños o de terror y no me molesta que me encasillen, aunque obviamente me muevo en otros registros, sobre todo en no ficción. Vivo en Parque Chacabuco.

Estábamos hartas de que nos dijeran “no hay asesinos seriales en la Argentina”. Nos hablaban apenas de un hombre monstruo asesino de niños en los años 30, un hijo de italianos que dormía con cadáveres de pájaros bajo la cama, pero ¡estaban tan lejos los años 30! No eran otro tiempo, eran otro planeta. ¿Ni uno ahora? Ninguno. Había criminales crueles pero mataban a sus mujeres, a su familia, por venganza, por dinero. No mataban con método ni por puro placer ni por necesidad, por ansiedad, por compulsión. Nosotras, mi amiga Virginia y yo, habíamos conseguido un libro sobre asesinos seriales norteamericanos en la feria de usados del parque y estábamos obsesionadas. El cinturón de piel decorado con pezones de Ed Gein, los cadáveres que enterraba bajo el parquet John Wayne Gacy el Payaso Asesino, Richard Ramírez que se metía en las casas por la noche silencioso como una sombra. Nuestros padres, enojados, nos decían morbosas, no había bastante muerte ya, hablaban de la dictadura y los torturadores; no entendían que a nosotras nos gustaba otro tipo de infierno, uno de máscaras y motosierras, de pentagramas pintados con sangre en la pared y cabezas guardadas en la heladera.

Ese verano leíamos el libro y nos metíamos a la pileta de plástico en casa de Virginia. No había mucho más que hacer. La electricidad se cortaba por orden del gobierno, para ahorrar energía, en turnos de ocho horas. Mi padre nos había explicado que de las tres centrales energéticas del país solo funcionaba una, y mal. Para las otras dos hacía falta dinero, inversiones, y el país no iba a conseguir ni un peso porque debía demasiado. Entonces: no iban a funcionar. ¿Vamos a estar sin luz para siempre?, pregunté yo una tarde, llorando. No había cines. No nos dejaban caminar por algunas calles demasiado oscuras. A veces la electricidad no regresaba después de las ocho horas prometidas y estábamos a oscuras un día completo. Todos los partidos de fútbol se jugaban de día. No había baterías ni grupos electrógenos en toda la ciudad. No se escuchaba música. La televisión duraba apenas cuatro horas, hasta la medianoche y ya no pasaba buenas películas. Yo no quería vivir así. También subían los precios. Si compraba cigarrillos para mi madre por la mañana a dos pesos, a la tarde, el segundo paquete, costaba tres pesos. Los nombres de nuestro fin del mundo, crisis energética, hiperinflación, deuda externa, obediencia debida, peste rosa. Era 1989 y no había futuro. A los 15 años cuando una chica no tiene futuro toma sol con todo el cuerpo cubierto de Coca-Cola y a la piel pegoteada se acercan las moscas. O compra marihuana compactada en Paraguay, ladrillos verdes de cincuenta gramos que, cuando se parten, apestan a tóxicos y orín. O se enamora de la muerte y se tiñe el pelo y los jeans de negro, y si puede se compra un velo y guantes de encaje.

Virginia y yo hacíamos alguna de esas cosas y además soñábamos con asesinos seriales. Si nuestros padres nos re-

taban, lo hacían sin entusiasmo. No recuerdo demasiado a los padres ese verano. A ningún padre. O estaban buscando trabajo o estaban deprimidos en la cama o tomando vino frente al televisor apagado o estaban en el consulado intentando conseguir alguna ciudadanía europea para escaparse, cualquier ciudadanía europea.

Nuestra rutina era sencilla. De día estábamos en la pileta aunque jurábamos odiar el sol y después nos sentábamos en la vereda o en la plaza y si por milagro alguna conseguía pilas, escuchábamos música en el grabador. Yo extrañaba la música más que cualquier otra cosa, mis casetes prolijamente etiquetados que estaban muertos en el cajón porque si la electricidad volvía a la noche podía escuchar solamente unas pocas horas, en casa tenían que dormir, mis auriculares estaban rotos y no podía comprarme otros. Si ninguna conseguía pilas, que era lo más normal, leíamos nuestro libro de asesinos seriales. En la plaza fumábamos tranquilas cigarrillos robados a padres y madres y tíos. También fumábamos en la escalera de mi edificio, que siempre estaba fresca. No se veía nada en la escalera, pero al menos no hacía calor. La fresca oscuridad. Las brasas se encendían con cada pitada, anaranjadas como luz de luciérnagas, y cuando alguien bajaba la escalera, a veces con una linterna, otras tanteando las paredes, no nos prestaba atención. Nadie nos prestaba atención. Si preguntaban por el punzante y todavía desconocido (para ellos, para los adultos) olor a marihuana, les decíamos que era incienso y lo creían. Ellos mismos les compraban incienso a los hippies de la plaza, a veces para ponérselo a algún santito de yeso, a San Cayetano o a la Virgen, pidiendo trabajo.

Era aburrido el verano del fin del mundo y no se terminaba nunca.

Cambió todo cuando mi vecino del séptimo piso, a quien conocíamos solo como Carrasco, mató a su mujer y a su hija, y se escapó.

\*\*\*

El crimen fue bueno para todos. Las cuatro horas de televisión de cada noche se dedicaban únicamente a Carrasco y su familia asesinada. Cuando terminaban la transmisión, la expectativa, las ganas de esperar por más detalles del caso la próxima noche ayudaban a pasar el día, a olvidarse de que Pity el quiosquero estaba en el hospital de vuelta, la ambulancia había venido otra vez, ya sin sirena, y decían que esta vez sí, esta vez no volvía del hospital. Nosotras creíamos que la familia deseaba que se muriera porque cada vez iban menos clientes al kiosco, tenían miedo de contagiarse sida si compraban caramelos. Nosotras no. Nos habían explicado cómo se contagiaba el virus. Odiábamos a la gente estúpida, ignorante, y si podíamos conseguir dinero comprábamos en el kiosco galletitas y Coca-Cola y jugos en polvo, cualquier cosa artificial. Nos gustaba todo lo artificial, los caramelos Fizz que burbujaban en la lengua, el helado sabor crema del cielo que era de color celeste, todo lo que se disolviera o creciera en el agua. También nos gustaba Pity y no queríamos que se muriera, pero nadie parecía capaz de sobrevivir al sida ese verano.

Carrasco había matado a su mujer, la bailarina, mientras ella dormía. A cuchillazos, a través de la sábana (ese

detalle me perturbaba, ¿qué hacía tapada con una sábana con semejante calor?). Los investigadores lo sabían porque la había dejado cubierta por la tela y las rasgaduras coincidían con los tajos en el cuerpo, menos con los del cuello y la mejilla. Había usado un cuchillo especial, para cortar huesos del asado. La mujer era bailarina; yo la veía subir y bajar las escaleras con sus piernas fuertes, había que tener músculos entrenados para subir siete pisos en la oscuridad y no agitarse como la mayoría de los vecinos, que paraban en los descansos y jadeaban como asmáticos. Ella no: tenía fuerza. Pero me decepcionó saber que era bailarina de folklore, de danzas criollas, yo creía que era bailarina, clásica, puntas de pie, rodete y cisne negro. En fin: igual nadie estaba demasiado preocupado por el destino de la pobre esposa bailarina teniendo en cuenta lo que Carrasco le había hecho a la hija.

Yo no la vi colgar. Con los años, tanta gente juraba haberla visto muy quieta, la cara contra el edificio, y las piernas separadas en el aire que se volvió un chiste la mentira, ese falso “yo la vi”. Con certeza la vio el hermano de Pity, que estaba despierto porque su hermano agonizaba y él tenía insomnio. Salió a fumar al balcón, vivía en el edificio frente al nuestro, justo sobre su kiosco. Levantó la cabeza y vio a la nena, ahorcada con una sábana, colgando de la ventana. Él llamó a la policía. Cómo aguantó el nudo que hizo su padre, por qué no se desprendió, por qué no se desató si la nena tenía unos diez años y no era menudita, era bastante alta y algo gorda; nadie se explicaba la resistencia de esa sábana y la falta de efecto del pesado cuerpo. La policía usó una escalera para descolgarla y eso sí lo vio bastante gente, pero no tanta, porque tapaba una visión

ideal el camión de los bomberos. La policía no dejó que registraran el descuelgue las cámaras de televisión. Había más pudor en 1989.

La nena estaba muerta ya cuando su padre la colgó. La había apuñalado varias veces, la dejó desangrarse en el piso del comedor y después la ató de la ventana de la habitación, como si fuera una bandera o una muñeca. La ató de una manera compleja, con un nudo que pasaba bajo sus axilas y se cerraba sobre el cuello. Estuvo colgada así, calculaban, poco más de una hora. De no ser por el cigarrillo y la angustia del hermano de Pity, hubiera amanecido muerta y colgando, con el pelo color chocolate ardiendo bajo el sol.

Mi familia y yo, desde el segundo piso, no escuchamos nada. Los del sexto B, justo debajo del departamento de Carrasco, estaban de vacaciones, tenían una casa en la costa que iban a vender en menos de seis meses. Después, cuando hubo que declarar ante el juez, algunos vecinos mencionaron gritos pero, avergonzados, dijeron que era algo habitual. Carrasco y la bailarina peleaban mucho. Carrasco era celoso, un gordo pelado que transpiraba hiciese frío o calor y que nunca sonreía. El hermano de Pity tenía encendido su muy ruidoso ventilador, que le tapaba todos los ruidos. Pero además Carrasco había atacado mientras dormían, así que, si hubo esos gritos que algunos vecinos aseguraron haber oído, fueron pocos o breves.

Nosotras apenas conocíamos a la nena. Aprendimos que se llamaba Clara (“Clarita”) por los diarios. Pensábamos en ella, colgando sola de la ventana, a la noche; pensábamos en el ruido de su cuerpo al caer, si hubiese caído. Mi

madre empezó a fumar más todavía y a soñar con la nena. Pero el efecto inmediato fue que no nos dejaban salir solas porque tenían miedo de que Carrasco volviera. Tuvimos que explicarles las cosas a nuestros padres con cansancio, con conocimiento. Sí, cierto, los asesinos volvían al lugar del crimen, así que podíamos esperar que alguna noche Carrasco apareciera, aunque era difícil semejante riesgo de su parte: la policía custodiaba el edificio. Si volvía podía pasar por la esquina, por ejemplo: no es que los asesinos volvían a pisar el mismo lugar exacto. David Berkowitz, el hijo de Sam, que mató en Nueva York durante los 70, ¡y también en una época de cortes de luz!, volvía porque ver las escenas de sus crímenes le causaba placer, era como mirar chicas desnudas para él. Y no, era muy poco probable que Carrasco matara a alguien más, salvo quizá al amante de la bailarina: ahora sabíamos que ella, la esposa, la muerta, tenía un novio; con él iba a escaparse. ¿Adónde? Eso nos asombraba. Porque plata para salir de la Argentina seguro no tenían, si eran vecinos nuestros quería decir que eran bastante pobres. Y mudarse adentro de la Argentina ¿qué sentido tenía? Todo el país estaba sin luz, sin dinero, sin trabajo, sin ganas.

–Ella debía ser como esas mujeres que tienen hijos durante la guerra –decía mi amiga Virginia, mientras se miraba críticamente las piernas en la pileta: no conseguía una buena crema depilatoria porque la que usaba era importada y ya no había más importaciones.

–¿Qué mujeres?

–Yo vi una película una vez. Hay mujeres que cuando hay guerra les gusta quedar embarazadas. Dicen que dar vida es como combatir a la muerte, una estupidez así. Es la

misma mentalidad que tu vecina que se iba a escapar con el amante.

–Es verdad, adónde vas a ir si no se consigue nafta.

–Por ejemplo. ¿Por qué no se puede importar nafta, vos sabés?

–Porque no tenemos plata. Mi papá dice que los militares van a voltear al gobierno.

Virginia se arrancó un pelito con la pinza de depilar oxidada de su madre.

–Cómo duele depilarse así, qué mierda –dijo.

Entonces: les explicamos a nuestros padres que era muy poco probable que Carrasco siguiera matando porque, tal como ellos se habían cansado de repetirnos, no era un asesino serial. Matar a la familia en un ataque de celos no era conducta de asesino serial. Era pura rabia y machismo, nada de orden y método, nada de arte.

Yo dije eso de “nada de arte”, se lo dije a mi mamá. Intentó darme un cachetazo que evité porque ella estaba muy lenta por los tranquilizantes y yo estaba más rápida que nunca. “Estás loca, vos”, gritó. Y me reí bajando la escalera en una corrida espectacular a plena oscuridad del mediodía.

\*\*\*

En algo tuvieron razón nuestros padres. Carrasco volvió. Hasta hoy, Virginia y yo discutimos sobre si fue una alucinación o una sugestión. Pero yo creo que fue Carrasco y cuando lo cuento siempre veo a Carrasco en la penumbra. Las escaleras de mi edificio eran plenamente oscuras porque no tenían ventanas, al menos no en todos los pisos.

El descanso que usábamos para pasar frescas la tardecita y fumar tranquilas era el más oscuro de todos: el del tercer piso. Recién había ventana en el quinto y otra en el primero. Sin la luz de los pasillos, sin la luz del ascensor, era como estar en una tumba amplia y concurrida, porque los vecinos iban y venían. Todavía más desde el crimen: en vez de retenerlos encerrados los había sacado, seguramente de nervios, el sacudón, no sé. A todos nos vino bien, fue algo de qué hablar, algo que esperar, algo que nos hacía olvidar la muerte de Pity, a quien no aceptaron en ninguna casa de servicios fúnebres, hubo que velarlo en su departamento, a la luz de las velas para colmo, las sombras le afilaban todavía más la cara, parecía una mujercita vieja envuelta en un trapo blanco. Pity, que había sido tan lindo, con su pelo largo y la dentadura perfecta.

A pesar de que la escalera era muy oscura, alguna luz llegaba durante el día. De dónde no lo sé: la verdad es que se podía ver en la oscuridad después de un rato. Muy poco, las formas apenas. Los ojos se acostumbraban. O a lo mejor era el resto de luz del encendedor o de las brasas del cigarrillo.

Esa tarde fumábamos Marlboro, Virginia le había robado medio atado a su tío, que siempre tenía abiertos varios paquetes a la vez porque era muy nervioso. Al principio no querían que estuviéramos en la escalera por miedo a Carrasco, pero el policía de la puerta había convencido a todos en el edificio que él (o ellos, porque había tres policías haciendo guardia) no iban a dejar que entrara nadie sin identificación y aflojaron los controles. Así que fumábamos y hablábamos de no sé qué, de alguna tintura para tela que nos había manchado las remeras, o de cómo teñirnos el pelo

con papel crepé. Y entonces escuchamos pasos en la escalera y la persona que subía –porque subía– se paró frente a nosotros. No distinguíamos bien su forma. Era una mancha negra, humana pero desconocida. Se paró y nos miró; aunque no le vimos los ojos, nos miró. Virginia le dijo “Hola” y cuando no nos contestó ni se movió se nos llenó el estómago un miedo frío y yo supe que era Carrasco, que era un asesino serial y nos iba a colgar como se colgaban las banderas argentinas durante los mundiales: de un balcón. No sé cómo me paré y salí corriendo y Virginia me siguió, gritando. Llegamos hasta la planta baja y empezamos a contarle atropelladamente lo que habíamos visto al policía, tan seguras y llorando que el hombre llamó a una patrulla y dieron orden de desalojar. Todos los vecinos en la calle, en el calor amable del atardecer, preguntándonos qué habíamos visto y nosotras diciendo que a Carrasco, que su gordura, el olor a transpiración de hombre que era inconfundible.

La policía rastreó todos los departamentos –nadie se negó a salir– y no encontró nada. Uno de los agentes nos llevó hasta el patrullero y nos quiso asustar diciendo que no debíamos inventar cosas porque era delito. También nos trató con desprecio y nos miró un poco las tetas: las dos teníamos musculosas negras apretadas. Nos salió con la pavada del pastorcito mentiroso y el lobo y yo pensé lobo serás vos, no serás torturador vos, ningún policía de la dictadura estaba preso en esa época, peor que Carrasco sos vos pensé y quise escupirlo pero me contuve porque sabía de lo que era capaz un policía. Y porque justo que pensaba escupirlo volvió la electricidad y los vecinos regresaron con un suspiro de alivio a sus departamentos para ver el noticiero de las siete. Querían enterarse si el amante de la

bailarina era también el padre de Clarita, lo que explicaría el asesinato un poco, y, sobre todo, querían saber si había caído el gobierno de una buena vez.



# Embarrados

Jorge Consiglio

## Consiglio x Consiglio

Nací en un barrio de Buenos Aires, Villa del Parque –cerca de los campos de la facultad de agronomía de la UBA–, en 1962. Creo que el que se dedica a escribir es un lector desesperado desde siempre. Esa, por lo menos, fue mi experiencia. Hubo varios factores que me acercaron a los libros. Las revistas subterráneas –en su mayoría centradas en el rock– fueron uno; la pasión de mi viejo por su biblioteca –una colección de clásicos universales y unos pocos libros sueltos–, otro; el tercero fue la devoción con que un preceptor de la secundaria leía novelas larguísimas del siglo XIX. Después, hice la carrera de Letras sin pena ni gloria. Lo primero que escribí fue poesía. Unos cuantos años más tarde, me pasé a la prosa, pero creo que en mis relatos pervive una mirada poética. Publiqué cuatro novelas, tres libros de cuentos, cinco de poemas y uno de miscelánea.

## Uno

Las ramas de los sauces detenían el sol de las tres de la tarde. Las sombras de las hojas apenas oscilaban, movidas como por el recuerdo del viento.

Los cuatro hombres reunidos alrededor de la mesa completaban la inercia de la siesta. Eran los únicos seres de la isla que intentaban el arduo trámite de la comunicación. Hablaban con palabras pesadas, cargadas con una molición igual a la que les impregnaba el ánimo. Eran Ontivero, Miranda, Barrios y Tizón.

La contingencia y el calor los había juntado en aquel lugar bajo los árboles. Allí, ese sábado de principios de enero, ignorantes de la violencia que sobrevendría, fumaban y tomaban cerveza.

Barrios era moreno. El bigote le disimulaba la boca. Su voz pausada conocía la complicidad de las manos, que movía sobre la mesa buscando el acento justo. Cuando hablaba era como si sonara la verdad. Los demás lo escuchaban, aunque el verdadero interlocutor era Ontivero, que cada tanto agregaba un comentario mientras se espantaba un

mechón rebelde de un manotazo. Desde donde estaban, se veía un rectángulo de río. Las miradas zigzagueantes, quizás lo único que desafiaba la lentitud de la hora, se perdían en la monotonía de su transcurso. Sobre todo la de Miranda, que parecía querer desentrañar el agua. Miranda era el único de los cuatro que no había nacido en la isla. Era correntino y no pasaba un día sin que la ironía de algún gracioso se encargara de precisar su origen. Desmalezaba y rellenaba terrenos bajos. Tenía el cuerpo ideal para ese oficio.

Hubo un momento en que todos fumaban. Los yuyos se apretaban alrededor. Al fondo, la casa estaba rodeada por cajones con envases vacíos. En la puerta, una cortina de tiras de plástico cumplía con la formalidad de detener las moscas. Fue Ontivero o Tizón el que gritó para pedir otra cerveza. Algunos vasos todavía estaban llenos.

Cuando el almacenero dejó la botella en la mesa, ya las caras se ordenaban de acuerdo a una renovada tensión: hablaban de mujeres.

La voz de Barrios se movía cómoda sobre la atención de los otros. Otra vez había sabido ganarse el silencio. Tomaba un sorbo y narraba historias en las que el sexo era un resorte cotidiano.

Contó sobre la hija de la gente que vivía en el fondo del Abra Vieja. “Buena nadadora”, dijo. “Chica: todavía va a la escuela”. Se la cruzaba en la lancha de la mañana; cuando era invierno, esos días de frío crudo. “Hay que tener la piel curtida para exponerla al río. Los brazos te duelen cuando te arremangás la camisa y eso que están llenos de pelo. Imaginate las piernas sin nada, apenas la pollerita”. Solo los zoquetes, que envolvían poco más que los tobillos. “Un

adorno”, agregó como para él con el paladar sensible a su propio testimonio. Se demoró en las descripciones. Sostuvo el verosímil hasta con el aliento. Contó lo previsible, pero no por esto dejó de enardecer a su auditorio.

En el Tigre, los muelles son lugares de tránsito o de espera. De acuerdo al relato de Barrios, eran –antes que nada– sitios donde él organizaba sus emboscadas. A ninguno se le ocurrió dudar de que el pasto crecido y la hora temprana resultaran ideales para ahogar, primero, el llanto y la reticencia y, después, ante la tenaz arremetida, los gemidos de la chica.

Enseguida ganaron protagonismo otras mujeres: la esposa del dueño del aserradero, Julia, Ema Russo, la sordita. En todos los casos, con mayor o menor demora, terminaban dando su consentimiento. Siempre encubierto y caprichoso.

Fue Ontivero el encargado de generalizar. “Son todas putas”, dijo con los ojos clavados en la mesa. Después hubo un cambio. Lo notaron todos. Algo en los gestos había crecido. Una velada ferocidad se había apoderado de los cuerpos. A través del bigote de Barrios se entreveía un brillo en la comisura de sus labios. Era dueño de una boca pendera.

Ahora los hombres se movían: con el canto de la mano se golpeaban los brazos para festejar cualquier ocurrencia. La risa se fue haciendo bastarda e impulsiva.

Habló Tizón: “Habrá que estirar un poco las piernas”. Ser cauto, conocer la inminencia del peligro y saber retirarse a tiempo. “Si no meo, reviento. La cerveza te hincha como animal muerto”, dijo y se palmeó la panza. Caminó hacia el río arrastrando un poco una pierna.

–¿No se va a pagar nada, compañero?, le gritó Ontivero.

–Ahora vuelvo, respondió Tizón, y sin darse vuelta levantó la mano para avisar que no tardaría.

Hubo otro momento sin palabras. El calor parecía dulce. El entorno supo encimarse sobre los hombres. La vegetación trepidaba en los ojos como el delirio. Ontivero se pasó un trapo por la nuca –hasta Miranda llegó el olor agrio de la piel húmeda–. Dijo: “El verano no deja dormir la siesta a los pobres, carajo”. Y como nadie le contestó, agregó con una sonrisa: “Pero uno se divierte con los amigos charlatanes”. Con aquellos que con algo de alcohol potencian su audacia; con los conflictos que terminan a los gritos, a los manotazos y, en algunas ocasiones, con sangre.

–¿Qué me cuenta, Barrios? ¿Duerme o no duerme la siesta?

Barrios levantó la mirada hacia la cara de Ontivero. Le dio la frase que este sabría usar:

–Yo me tiro al catre de día cuando consigo una pierna.

Ontivero ejercitaba la astucia por hábito, sin conciencia de la estrategia que ponía en funcionamiento. Esta vez también consiguió un buen resultado: Barrios era ingenuo y osado, no le costó demasiado empujarlo hacia la procacidad. Alternando pausas, lo fue involucrando en una trama sin retorno. Miranda, en tanto, parecía pendiente del río; sin embargo, había registrado el doble sentido y las risas filosas.

Todos estaban al tanto de lo que le había pasado al correntino. Era una de esas historias llanas: había salido de su pueblo, Goya, en busca de un mejor destino. Bajó hasta Buenos Aires; traía con él a su mujer y a un hijo de dos años. Recalaron en Lugano y antes de que pasara un año

no les quedaba intacto ni el asombro. Se mudaron a la isla para disimular la creciente voluntad de regresar. En el Tigre tampoco había trabajo, pero la regularidad de las changas les permitió sobrevivir. Miranda se llagaba las manos empuñando el machete y la pala. Llegaba a su casa para derribarse en el catre; pero cuando fumaba, contemplando las esterillas del techo, ni siquiera sospechaba que lo peor todavía no había llegado. En el futuro, debería nada menos que una muerte.

Fue un verano, cerca de las tres de la tarde. La corriente había cedido ante la insistencia de un botero, joven y próximo a ambos. Ese día, Miranda decidió no terminar el sendero que estaba abriendo en un brazo angosto, cerca del Andresito. El ruido de las lanchas lo había tentado. Cometi6 la imprudencia de volver temprano. Us6 el machete, era lo que tenia a mano. No hubo necesidad de un segundo golpe, el primero fue preciso. Lo descarg6 oblicuo en la base de la nuca. La mujer recibio el chorro de sangre de su amante en plena cara. Se crey6 muerta, solo unos minutos m6s tarde, cuando escuch6 la voz que calmaba a su hijo, termin6 de entender. Miranda pas6 unos a6os en Bat6n. Jam6s volvi6 a ver a su familia. Cuando sali6 podr6a haber vuelto a Corrientes, pero prefiri6 el Tigre, quiz6s para confirmarse como un desgraciado. Ahora, adem6s del cuchillito disimulado en la cintura, cargaba con un rastro caliente e implacable.

Barrios, consecuente con su habitual imprudencia, quiso rozar este pasado con su picard6a:

–A la mujer hay que cuidarla como al pasto: si no se la corta seguido, crece y hace lo que carajo quiere.

Ontivero, met6dico, midiendo los tonos, orientando:

–¿Será, compañero? ¿Habrá que desconfiar de las faldas?

Preguntar para escuchar la respuesta que desencadene el frenesí. Ayudar con la ironía –una mal fingida candidez– a quebrar el ánimo.

Barrios: –Y si no, pregunte a la gente que sabe. Alguno que otro tenemos por acá, ¿no, Miranda?

Miranda: –No se haga el zángano, amigo.

Enseguida, la réplica. Barrios: –Preferible zángano y no otra cosa... ¿Qué son, correntino, esas ramas que te asoman en la cabeza?

Estallaron los insultos. La mesa rodó por la tierra. “Bueno, carajo”. Barrios dio unos pasos hacia atrás buscando equilibrio, se había parado rápido. “¡Hacete el loco ahora!”. La hoja brilló en el puño de Miranda. Se hizo una niebla de polvo: los pies rabiosos se arrastraban sobre el piso. “Portate, degenerado, que volvés adentro”. Otra niebla cruzaba las caras de los hombres. “Cornudo”. Los tres se movían, veloces. Agitados. “Te ensarto, sucio”. Solo una mano estaba armada e imponía el vértigo. Todo era impulso. El verano no permitía la vejez en la isla. “Correntino víbora”. Los cuerpos eran complicados como laberintos. “Ya está, Miranda, guardá”, Ontivero quiso terciar, pero no fue convincente, ni siquiera escuchado. La pelea era lo único que existía. “Te vas, boconazo”. Había dos botellas en el piso, de una salía la cerveza que iba formando el charco que los pies de todos, sumidos en la batalla, no evitaban. “Serenate, no vale la pena”, de nuevo Ontivero, demasiado cerca del arma. Quizás durante unos segundos pensó que podría detener la fatalidad. Barrios con la camisa desprendida ya no tenía espacio para esquivar los puntazos. Miranda no pensó el primer corte, su mano con el filo chocó con la panza

de Barrios. Abrió una línea horizontal. Apenas asomaron los intestinos, el isleño se apuró a atajarlos con la mano. Quedó volcado hacia adelante. La saliva enredada en los bigotes desfiguraba su cara de moribundo.

El correntino, entonces, se detuvo y lo estudió. No fue casual que, esta vez, el cuchillo se hundiera unos centímetros por debajo de la tetilla izquierda. El filo se abrió paso como una lengua. Rasgó piel, grasa y músculo para entrar en el corazón. El cuerpo de Barrios se derrumbó hacia adelante. Sus manos todavía juntaban los labios de la primera herida.

“Miranda, ya no hay más que hacer”, Ontivero sacó al verdugo de su ensimismamiento. Al otro lado de las cortinas del bar, una pareja era testigo de la escena. La mujer insultaba en voz baja; el hombre traspiraba la culata de un 22. Los dos registraron cómo la coyuntura volvía cómplices a Ontivero y a Miranda, y cómo, casi enseguida, escapaban en dirección al río. Tras ellos quedaba Barrios, perplejo y muerto, en medio del olor de la sangre.

## Dos

Deambularon doscientos metros hasta un muelle. Aprovecharon una lancha colectiva que llegó al lugar casi al mismo tiempo que ellos. Iba para la estación de Tigre. No se hablaban. Evitaban mirarse. Estaban ablandados por el miedo.

Ontivero encendió un cigarrillo. Tenía una cara cuadrada sin relación con su voz. Los ojos eran chicos y estaban demasiado juntos. Sabía que había cometido un error comprometiéndose con Miranda, pero después del crimen

se le ocurrió como la mejor idea para evitar un riesgo mayor. Ahora, tenía la impresión de que el imbécil que viajaba a su lado no hubiera podido dañarlo jamás. De todas maneras, entendió que no era el momento para reprocharse el pasado. No tenían pensado nada, habían huido intempestivamente.

Se detuvo en Miranda y, a pesar de considerarlo incapaz de plantear eventuales estrategias, le preguntó:

–¿Qué le parece que hagamos?

El correntino parecía haber estado esperando la ocasión para hablar:

–Rajar para el lado de la capital, así, en pelotas, no sirve. Uno no sabe dónde meterse. Enseguidita salta todo... ¿No tiene algún pariente que nos pueda aguantar? Esa sería la cosa.

Ontivero siguió fumando. Achicó los ojos hasta que fueron dos arrugas. El río parecía no tener fin. La tradición siempre le asignó el mismo lugar: algo constante que acompaña fiel la locura de los hombres.

–La cosa sería quedarnos por acá, en algún lugar perdido del delta y seguir haciendo lo que sabemos. Lo que va a ser jodido es conseguir alguien que nos lleve y que después se olvide de dónde nos dejó, dijo el isleño porque tuvo ganas.

Al rato, comentó Miranda:

–Llegamos.

Se impuso un olor amargo. El último canal era espeso. No había otra cosa que lanchas, basura y aceite.

Caminaron por el Tigre hasta que empezó a oscurecer. A los dos les ardía el día en los ojos. Pudieron verse envilecidos y con la piel salpicada de cortes y picaduras. Sin duda,

se sentían castigados. A las nueve juntaron la plata que llevaban encima. Compraron fiambre, pan y cerveza. Se escondieron a comer en un descampado cerca de las vías. Buscaron amparo en la oscuridad y la comida. Por primera vez desde el crimen, olvidaron su condición de prófugos. Entre los grillos, rodeados por la jungla del baldío, fumaron. Impunes. Después, quisieron dormir. Resistieron menos de una hora tirados boca arriba en los yuyos. Aquel no era lugar para nadie, ni siquiera para ellos.

–La policía del Tigre, a esta altura, ya lo sabe. Vamos a respirar un poco para el lado de San Fernando.

Miranda dijo que sí, pero enseguida preguntó:

–¿Y qué mierda vamos a hacer en San Fernando?

–Se va a entregar allá que los botones son más lindos, correntino.

Entonces, el cuchillero alardeó:

–No se haga el loco que no tengo una mierda que perder...

Era una noche aplastante. Resultaba todo tan penoso que solo atinaron a intercambiar una mirada de descrédito. Anduvieron sin buscar nada; sin embargo, encontraron. Enfrente del río, las luces de un kiosco simulaban un espacio de tolerancia en el verano. Se acercaron después de un vano intento por borrar de sus caras la marca de lo clandestino. Reían. Los dos iban mordiendo tallos verdes. Para ellos también era evidente que el que atendía el negocio desconocía el crimen que habían cometido; pero igual exageraron la prudencia. Compraron un cartón de vino.

Los cómplices, con la espalda pegada a la pared húmeda, alternaban los tragos.

–Cómo se la vio venir Tizón. Tiene buena nariz el marrano, dijo Ontivero.

–Ya va a caer él también; ya le va a llegar.

Miranda había aprendido a hablar sin creer en lo que decía, por reflejo.

Volvió Ontivero: –Siempre que lo veo, se está yendo. Lo debe tener cagando alguna.

–Y... algo de eso debe haber... Lo que uno tiene, se lo busca. No hay vuelta, concluyó el correntino. De inmediato, notó la mirada oblicua de Ontivero.

En los siguientes quince minutos ocurrieron tres cosas en este orden: primero, un perro lento como un planeta husmeó los pies ahora descalzos de los hombres; después, alguien amarró un bote con un motor Johnson de 35 caballos a un embarcadero, pero por alguna razón no saltó a tierra, sino que decidió hacer algo –Ontivero y Miranda no podían ver qué– sobre la embarcación; por último, un viento repentino levantó remolinos de polvo. Solo uno de estos hechos tendría más adelante algún protagonismo.

Miranda se refregó la cara con las manos. Dijo: –Hay que hacer algo pronto; si no, nos vamos a cagar muriendo en plena calle.

–Correntino, ¿por qué no mira para adelante?

–Hoy está boludo sin grupo, amigo.

–Le digo por el embarcadero, mierda... ¿No ve que hay una guardería?

–¿Y qué me quiere decir con eso?, dijo Miranda.

Se levantó ayudándose con las manos. Caminó. A los pocos metros se lo tragó la oscuridad. Enseguida, llegó hasta Ontivero el ruido fresco del orín chocando contra el pasto. La breve tregua le había mejorado la cara al correntino cuando surgió con las manos en la bragueta.

–¿Cómo el embarcadero?, preguntó.

–Levantamos cualquier bote y nos perdemos río adentro. Subimos, póngale, por el Angostura hasta que se haga Andresito y ahí nos metemos por algún canal. La zona de atrás del hotel que hay en la isla grande es boscosa. Nos quedamos unos días y después por el Antequera nos tiramos a cruzar el Paraná y, si lo conseguimos, nos podemos empezar a cagar de risa.

El correntino se dio tiempo para la evaluación. Encendió un cigarrillo y, entornando los ojos, se animó a dudar: –¿Le parece?

Ontivero tenía la convicción, no del todo consciente, de que su voluntad era una abstracción próxima a lo concreto. En aquel momento, sintiendo que la estupidez le arrebatava la oportunidad, fue enérgico:

–Con la policía oliéndonos el culo, no estamos para pensar las cosas más de una vez. Aunque en una de esas, quiere volver a Batán porque extraña a sus amigos.

De las tres embarcaciones que quedaban afuera, eligieron la más chica, apenas llegaba a seis metros de eslora. Flotaba en un canal cercano al río abierto. Tuvieron en cuenta que, además del mástil rebatible, el motor estuviera puesto. Ontivero, agazapado, fue el primero en llegar hasta el barco. No creyó en su suerte cuando nadie le salió al cruce. La garganta se le llenó de latidos en el momento de deshacer las amarras. Al cabo de un rato, levantó los ojos hacia el alambrado: ya se tendría que haber descolgado Miranda. Se encontró en su lugar con una figura gruesa que lo miraba impassible. Estaba parado a menos de siete metros de él. No parecía asombrado. Quedaría en su recuerdo llevándose una fruta a la boca, quizás un durazno. Lo vio caer con el correntino encima. Escuchó

el golpe del cuerpo contra la tierra. Los prófugos, en adelante, cargarían otra muerte.

Ni Ontivero ni Miranda eran timoneles, pero pudieron llevar el velero hacia el centro del Luján. “¡Carajo que salió redondo!”, se oyó cuando la quilla cortaba el agua. El matador y su socio olieron el río. Sentados, separados por el motor, ganaron sosiego. La realidad, en aquel momento, simplemente no era implacable. El barco llevaba pintado en el casco un nombre: *Balandra*. Su interior era reducido, pero la distribución permitía aprovechar el espacio al máximo: una cucheta doble en el triángulo de proa y dos conejeras en popa. Descubrieron más provisiones de las que esperaban. El amanecer los encontró con la boca llena de atún y galletas. Miranda cambió de cuchillo; ahora llevaba uno con hoja de acero pulido y guardamano con cachas de ciervo.

A las seis de la mañana ya estaban en el Andresito. Buscaban un canal que los llevara a la isla grande. Los dos fumaban. Hacía poco que habían conseguido desplegar las velas. El día era despejado. El excelente viento los hizo cambiar de parecer: decidieron cruzar el Paraná de las Palmas. Cuando vieron la bandada de patos creyeron, sin decirlo, en el buen augurio. Ontivero se agachó sobre uno de los lados del velero y hundió la cabeza en el agua. Con el pelo mojado habló de la estabilidad del casco. Después, satisfecho, dijo: “¿No le dije, amigo? Si usted me escucha cuando le hablo, nunca va a tener problemas”.

Las cosas se les habían presentado favorables: su intuición como timoneles, el viento, la ausencia de perseguidores. No tuvieron dudas de que se acercaba el fin de la evasión y, a esta altura, descontaron el éxito. Sin embargo,

la fatalidad es la que dispone los ejes: en pleno Paraná se produjo el cruce con la autoridad. Al comienzo, los ojos de la Prefectura se limitaron a admirar el veloz desplazamiento del velero. Pero para quien huye, la mirada de la policía jamás es deportiva, y la alarma y la inexperiencia son una combinación fatal que, inevitablemente, conduce a la desgracia.



# El golpe del Hormiga

Eduardo Sacheri

## Sacheri x Sacheri

Nací en 1967 y vivo desde entonces entre Castelar e Ituzaingó (dos estaciones del Ferrocarril Sarmiento, en el oeste del Gran Buenos Aires).

Trabajé como preceptor de escuela, cadete en una oficina, empleado judicial y encargado en un supermercado. Durante muchos años di clases de Historia en la universidad y en escuelas secundarias. Ahora enseño únicamente en el secundario. Empecé a escribir cuando tenía 25 o 26 años, sin pensar que con el tiempo eso se iba a convertir en una profesión. Sin embargo, aunque es un trabajo, también es algo que me hace bien hacer. Me apasiona leer y, para mí, escribir es como seguir leyendo, pero metiéndote más a fondo en el asunto.

*A Osvaldo Soriano*

—¡Veinte años, carajo! ¡Veinte años! ¿Qué me decís a eso? ¿Querés que me quede así, sin hacer nada?

Bogado no sabe qué contestar. Parpadea varias veces, algo aturdido por los gritos del Hormiga, que sigue de pie al otro lado de la mesa, con los puños sobre la madera. La cara del Hormiga está casi en sombras porque la lámpara es muy baja, pero Bogado sabe que sus ojos sacan chispas y que está empapado de sudor por el esfuerzo de tratar de convencerlos.

Bogado se mira las manos para no cruzarse con los ojos de los demás que, sentados a los costados, sin dudas están clavándole la mirada. Saben que están esperando que hable, como si siempre fuese el dueño de la última palabra. Por algo el Hormiga lo ha llamado primero a él para organizar esa reunión de desquiciados. Y por eso lo ha usado a él como interlocutor principal para darle los pormenores de ese proyecto de locos. Y por eso le ha contestado específicamente a él todas las preguntas, todas las objeciones, que todos los presentes le han ido planteando al Hormiga, y que lo han ido poniendo nervioso hasta dejarlo con ese aspecto de energúmeno escapado de un loquero.

Bogado chista y sacude la cabeza. Ridícula. Toda la situación es ridícula. Y ellos son ocho boludos. Eso es lo que

son. Los ocho reunidos en esa habitación oscura, con la lámpara sobre la mesa como si fuera un garito o un aguantadero de película mala, y ellos una banda de chorros planeando el asalto del siglo.

–¿Te lo vuelvo a explicar? –el Hormiga baja el tono en un intento por tranquilizarse.

Bogado alza una mano para disuadirlo: –No. Pará. No tiene sentido.

–Te digo que sí –porfía el Hormiga–. Primero: lo vengo estudiando desde hace dos años. Dos años. ¿Me escuchaste bien? –Bogado, resignado, asiente–. Segundo: conseguí ese laburo de vigilancia nada más que para esto, y vos lo sabés bien, José. –Mira brevemente a su derecha, y una de las cabezas convalida con un gesto afirmativo–. Tercero: me parlé cincuenta veces al supervisor para que me mandase a controlar el sector ese, porque si me mandaban al depósito o al estacionamiento me cagaban, y se iba todo el asunto a la mierda. –De nuevo le habla directamente a Bogado, y este no quiere que lo haga–. Cuarto: elegí el lugar con un cuidado bárbaro... –duda como buscando palabras más precisas, pero no las encuentra–, bárbaro, el lugar –concluye.

–Nadie te dice lo contrario, Hormiga –Bogado intenta cortarlo.

–Pará. Dejame terminar. El lugar que les digo es bárbaro. De lo mejor. Hay una cámara que lo enfoca medio de costado, pero como las luces de ese lado las apagan, por el monitor no se ve un carajo, ya me fijé. Quinto. O sexto, no sé, para el caso da igual: la alarma está apagada hasta bien tarde, primero por los de limpieza y después por la ronda nuestra. ¿Y querés lo mejor, lo mejor de lo mejor?

Bogado hace un posterior intento por detenerlo:

–Para, Hormiga, cortala. Ya lo dijiste.

El otro lo ignora.

–Escuchá, escuchame un poco –el Hormiga es ahora enérgico pero no ha vuelto a perder los estribos–. De las tres a las cuatro de la mañana se juntan todos los vigilantes en la recepción a tomar un refrigerio. Se supone que se tienen que turnar, pero van todos juntos porque están podridos de estar al pedo y solos como una ostra sin nadie para charlar.

Bogado nota, contrariado, que a fuerza de escucharlo una y otra vez los otros muchachos empiezan a tomarlo en serio. Intenta romper el efecto: –Estás soñando, Hormiga. Vamos a terminar todos en cana, y vos sin laburo, además.

No es la réplica más feliz, y Bogado se da cuenta de inmediato. El Hormiga se sienta y lo mira fijo, con sus ojos claros muy abiertos por la excitación. La nariz, gorda y ganchuda, parece a punto de estallarle con el color escarlata que ha tomado. Con esa piel blanca y el pelo rubio parece un gringo recién bajado del barco. Cuando se conocieron a Bogado le había extrañado el sobrenombre del Hormiga, porque el tipo es alto, flaco y blanquísimo, y se le nota a la legua que es hijo de tanos. Recién al tiempo le explicaron que el mote no era por ese aspecto, sino por lo cabeza dura, por lo tenaz, lo porfiado. Cuando algo se le pone en la cabeza no hay Dios que lo convenza de lo contrario, y no para hasta conseguir lo que busca. Y Bogado, esta noche, está sufriendo en carne propia esa forma de ser de su amigo. Y para peor acaba de decir la frase menos adecuada que pudo ocurrírsele. Serán los nervios, piensa Bogado. Pero el otro lo mira con seguridad, casi con dulzura, con la expresión del jugador que tiene todas las cartas en las manos.

–¿Me estás jodiendo? –arranca el Hormiga–. ¿Y vos creés que yo no quiero largar ese laburo? ¡Me hacen un favor si me echan! Estoy para esto, Santiago. Nada más que para esto. No se pueden borrar ahora. Dos años para esto, macho. Dos años me comí ahí adentro para esto.

Vuelve el silencio, Bogado asume que acaban de sacarle otro gol de ventaja en esa extraña definición en la que ambos hace rato están empeñados. El Hormiga no miente cuando dice que aceptó el trabajo de vigilancia para esto. El día que le confirmaron el puesto, los reunió a todos, a los mismos que hoy flanquean la mesa, les anunció solemnemente para qué había aceptado ese trabajo. En ese momento todos se lo habían tomado medio en joda y le habían dado manija. Hasta él, hasta Bogado, había tomado parte en el jolgorio. Y tampoco fueron capaces de detenerse después, con el transcurso de los meses, en las ocasiones en las que el Hormiga, muy serio y más entusiasmado, les pasaba informes sobre sus avances. Todos le habían seguido la corriente.

Pero lo de esta noche es demasiado. Citarlos así, en ese sitio, a esa hora, haciéndose el misterioso. Evidentemente el Hormiga se engrupió con eso de dar el golpe del siglo. Pero, ¿de quién es la culpa? ¿De él o de los que no fueron capaces de frenarle el carro?

La primera vez que lo explicó, más temprano, con el plano lleno de cruces y de flechas trazadas con marcadores rojos y verdes, se le cagaron de risa porque acaban de llegar y supusieron que era una joda. Pero después, al ver al Hormiga enchufadísimo, se fueron poniendo serios. Por eso Bogado había empezado a asustarse y a tratar de pararlo, de llamarlo a la realidad, de demostrarle que todo era una locura.

Pero cuando más discuten, más siente Bogado que el Hormiga se agranda, se afirma, crece en lo suyo. Y peor aún, Bogado palpa en el aire que los demás se van encandilando con su fantasía. Y esa estupidez de haberle mentado el asunto del trabajo. El flanco más fuerte del Hormiga, precisamente.

Porque el tipo ha sacrificado dos años de su vida para eso. No es el único trabajo que el Hormiga puede hacer, ni el mejor pago. Sin ir más lejos el año pasado José le ofreció un reparto de quesos. Buena guita, porque necesitaba alguien de confianza, y el Hormiga, además de todo, es derecho como una estaca. Pero contestó que no, porque no podía dejar “aquello” sin terminar.

Esa es la cagada. Que el Hormiga habla desde la autoridad que nace del sacrificio y la voluntad. No se llena la boca con bravuconadas. Puede tener un plan ridículo. Puede ser una imbecilidad. Pero el Hormiga se la jugó en el asunto, y se la sigue jugando. A Bogado le está costando discutir, encontrar argumentos terminantes, porque se ha pasado la mitad de la velada preguntándose si él hubiese sido capaz de un sacrificio como ese, durante tanto tiempo, y no puede contestarse del todo.

Y más que nada por algo así, por algo que se supone que es una estupidez en la vida de la gente. Bancarse un laburo mal pago, con jefes hijos de puta, con unos francos rotativos de porquería, para darle de comer a la familia, Bogado lo hace sin dudar un instante y lo mismo cualquiera de los que están reunidos alrededor de la mesa. Pero acá no se trata de alimentar a la familia, sino de algo distinto. El Hormiga hace eso por un amor diferente, que la mayoría seguro que no entiende. Pero Bogado sí, y los otros también, la

puta madre. Y por eso Bogado intuye que al Hormiga no hay con qué darle, y mientras intenta pincharle el globo se siente un sicario indigno y traidor.

Bogado trata de detenerse. No puede mezclarse en semejante embrollo, porque lo de terminar todos presos va en serio. Por eso lo enloqueció al otro con sus objeciones. Y le ha hecho mil quinientas porque el plan del Hormiga es imposible. Un sueño. Una utopía. Y aun cuando resulte, ¿qué va a cambiar?

Pero cuando se lo dicen los mira con esa cara de iluminado, con esa expresión de elegido, con esa fe de converso, con esa certidumbre de profeta, y los deja desarmados. O peor, les grita eso de “veinte años” y es como que les entierra un clavo filoso entre las costillas; sienten que les chorrea la desolación por las venas y se les enfrían las tripas con el dolor sucio de la humillación y de la burla. Y no se pueden enojar porque el Hormiga, antes que a ellos, se lo está diciendo a él mismo. Les dice “veinte años” para que les duela, pero ellos saben que a él le duele más decírselo a sí mismo, lo lacera más que a nadie volver a escuchar esa cifra de escalofrío que ya le pesa como un ropero de plomo sobre el alma.

Y parece como si el Hormiga supiese que Bogado está a punto de derrumbarse, porque con uno de los marcadores que estuvo usando para las cruces y para las flechas escribe 1974-1994; esos ocho números a Bogado se le clavan en las entrañas y empieza a sentir que se le desinflan los argumentos y se le enturbia la lógica. Hace un último esfuerzo:

–Hormiga, te lo pido por favor. Pensá lo que decís. No tiene gollete. Aparte, suponiendo que no nos agarren, ¿para qué va a servir? ¿No te das cuenta? Es un sueño, Hormiga, una fantasía.

El otro tarda en contestar, y cuando habla usa un tono mucho más enérgico, tal vez angustiado, casi como si estuviese a punto de largarse a llorar, como si las palabras le saliesen crudas, como si proviniesen de un lugar demasiado hondo como para cocinarlas antes de pronunciarlas: –Ya sé, Santiago. Ya lo sé. Pero no me puedo quedar con los brazos cruzados. ¿Qué querés que le haga?

Bogado no sabe qué contestar. ¿Qué puede retrucarle? El Hormiga no sabe qué hacer. Bogado tampoco. Al Hormiga le duele el alma con ese dolor que solo entienden algunos. A Bogado también. Pero mientras el Hormiga soñó, calculó, laburó, investigó, planeó y preparó, él, Santiago Bogado, no ha hecho más que lamentarse y sufrir, sin mover un dedo. No sabe qué contestar y simplemente suspira, claudicando.

Carucha, que estuvo en silencio desde el comienzo, dice: “Yo me prendo”. José se apunta: “Yo también”. Bogado sacude la cabeza, con los ojos bajos. Sergio apoya a los otros, y los restantes dudan un segundo y hacen lo mismo. El Hormiga no dice nada. Sigue esperando las palabras de Bogado.

Bogado repasa todas las cosas estúpidas que hizo a lo largo de su vida y siente que está a punto de cometer la peor de todas. Algo lo tranquiliza: la mayor parte de esas estupideces las cometió por la misma causa que lo lleva a lo que está a punto de perpetrar, y tan mal no le ha ido. Toma aire buscando los últimos gramos de decisión que le faltan, alza la mirada hacia el Hormiga y pregunta: “¿Cuándo?”.

Veinte horas después están todos, excepto el Hormiga, en un baño de hombres, embutidos en dos retretes contiguos; de pie, pegados unos a otros, inmóviles y silenciosos,

a oscuras. Bogado no siente los pies, adormecidos como están por el plantón. Lleva cinco horas ahí adentro, siguiendo la expresa indicación del Hormiga. Entró al baño, pasó de largo frente a la larga hilera de mingitorios y se metió en el último compartimiento de los inodoros. A las seis llegó Carucha. Seis y media, Ernesto. A las siete, Rubén. Los otros tres se acomodaron en el de al lado a medida que fueron llegando, siempre a intervalos de media hora. Al principio Bogado tenía los nervios de punta. ¿Qué iban a decir si los encontraban? El Hormiga había insistido: “Ese baño no lo revisan nunca y lo limpian cada muerte de obispo”.

Ahora Bogado está más calmado porque parece ser cierto. A las diez apagaron las luces. Carucha enciende de vez en cuando una linternita en forma de lapicera que lleva en la campera y Bogado ve los rostros de los todos como si fueran espectros o personajes de una película de vampiros. El que no quiere callarse es Rubén. En un cuchicheo casi permanente jode, se queja del dolor de gambas, pregunta cada diez minutos cuánto falta. De vez en cuando lanza una risita nerviosa, pero Bogado no teme que vaya a quebrarse. Simplemente muestra un poco más sus nervios, nada más. Él está igual, aunque la juegue de duro y de tranquilo.

A las doce empiezan a acalambrársele las piernas, pero aunque se muere de ganas de salir a dar unos pasos no se anima a desobedecer la orden del Hormiga. A la una escuchan que se abre y se cierra la puerta vaivén del ingreso. Unos pasos rápidos se dirigen en la oscuridad hacia el escondite: “Soy yo”, dice el Hormiga en un murmullo, justo cuando a Bogado está a punto de salirse el corazón del cuerpo: “¿Cómo van?”, contesta Carucha por todos y el Hormiga promete volver a las tres en punto.

A Bogado esas dos horas se le hacen eternas. Repasa una y otra vez la conversación del día anterior y se putea en silencio por haber aceptado semejante idea. Pero no dice nada. Los demás parecen convencidos, o por lo menos no ponen nerviosos a los otros planteando en voz alta sus dudas. Al cabo de un tiempo que parece infinito, Carucha anuncia que son las tres menos dos minutos.

Puntual, vuelve a abrirse la puerta. El Hormiga les dice que salgan. Primero tienen que apretarse contra la pared trasera, y Rubén debe subirse con cuidado al inodoro para hacer lugar suficiente para abrir la puerta. Iluminados a retazos mínimos por la linternita de Carucha mientras se contorsionan para salir de ese escondrijo, parecen títeres torpes. Cuando le toca el turno, Bogado tiene que contener una exclamación de dolor al poner en movimiento sus rodillas entumecidas. No ha dado diez pasos cuando el Hormiga los manda a todos cuerpo a tierra. Bogado se acuesta lo más rápido y silenciosamente que puede. No logra evitar que su nariz choque con el zapato de José, que acaba de aterrizar delante de él. Se palpa a ciegas, tratando de determinar si está sangrando. Cree que no. A una nueva orden del Hormiga, vuelven a ponerse en movimiento.

Bogado se alegra de que lo hayan repetido la noche anterior hasta el cansancio, después de que él se rindiera y aceptase la propuesta del Hormiga. “Al llegar a la puerta, cruzar cuerpo a tierra el pasillo, que va a estar a oscuras. Al sentir el mueble, girar a la derecha y avanzar quince metros, hasta el extremo de la larga repisa. Van a sentir olor a jabón en polvo”. Cuando el olor dulzón que suele saturar el lavadero de su casa le penetra en la nariz magullada, Bogado comprueba que las instrucciones son precisas. Sigue

recordando: “Ahí se complica un poco, porque tienen que cruzar el pasillo central: tres metros libres. Pero tenemos una ayuda: armaron una isla central con una oferta de papel higiénico que tapa bastante la cámara más cercana. Pasen rápido, a intervalos de un minuto, siempre pegados al piso. Eso sí: no toquen la pila de rollos porque es muy liviana, y si la tiran a la mierda no nos salva nadie”. Bogado pasa último, porque el Hormiga le pidió que cierre la marcha. Por un lado lo hace sentir bien esta confianza en su persona, pero al mismo tiempo teme a cada minuto que alguien salga de la oscuridad y lo levante del pescuezo con un manotazo. Se da vuelta y nada: la penumbra desierta, apenas las frías luces de emergencia llenando de sombras raras los pasillos.

A las tres y cuarto hacen un alto. Como está previsto, el Hormiga se levanta como si nada y camina resueltamente hacia otro extremo del enorme salón, donde están reunidos sus compañeros de trabajo. Vuelve a los cinco minutos. “Todo en orden”, asegura antes de volver a su puesto a la cabeza de la extraña víbora que forman los cuerpos reptando sobre el piso frío.

Es entonces cuando reemprenden la marcha y Bogado ve unas cuantas baldosas del piso frente a sí y, como si una llamarada súbita lo hubiese incinerado en el fuego de la revelación, toma conciencia del sitio en el que se encuentra. No ha vuelto ahí en todos esos años, tan grandes son el dolor y la nostalgia. Otros sí han vuelto. Se lo han dicho. Pero él nunca fue capaz. No ha querido siquiera pasar por la calle ni por el barrio. Y ahora está ahí. Ahí metido.

Se abstrae del trance que está atravesando y de los objetos extraños y profanos que lo rodean. Se imagina tendi-

do igual, de cara al piso, pero no sobre esas frías baldosas anodinas sino sobre el suelo que la escatiman. Se imagina la noche estrellada que, más allá del edificio que subrepticamente recorren, baña de luz ese campo oculto bajo el cemento. Le gusta pensarse así, como visto desde el cielo, bañado por la luz azul de las estrellas, acurrucado en esa cuna de pasto crecido, y el miedo se le va derritiendo como un mal sueño. Con los dedos enguantados acaricia esas baldosas tristes y las baña con unas lágrimas contenidas durante demasiado tiempo.

Da vuelta el último recodo. Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, distinguen el bulto que hacen sus amigos irguiéndose. Los imita. El Hormiga los ubica en los extremos de la enorme góndola, cuatro de cada lado. “A la una, a las dos, a las tres”. Todos empujan al unísono y logran mover el catafalco unos diez centímetros. Repiten el procedimiento varias veces.

–¿Hora? –pregunta el Hormiga.

–Tres y media –contesta Sergio.

–Estamos justo –responde el otro.

El Hormiga se inclina y enciende su linterna. Saca una barra de acero bruñido y hace palanca sobre una baldosa, que se levanta casi sin ruido. La dedicación del Hormiga sigue conmoviendo a Bogado. Noche a noche, para no hacer bochinche en el momento definitivo, ha corrido solo la góndola, y ha limado la pastina y el adhesivo hasta socavar la mezcla. Levanta otra baldosa. Queda al descubierto un boquete estrecho, sobre un contrapiso gris y parejo.

El Hormiga pregunta de nuevo la hora.

–Menos veinticinco –responde Sergio.

–Es ahora –retruca el primero.

Han formado una ronda alrededor del boquete. En ese momento se enciende un motor ruidoso a la distancia. Bogado está maravillado: los cálculos del Hormiga son exactos hasta en la hora en que se encienden las pulidoras del hall central.

A una señal, Rubén y Sergio sacan dos mazas y dos cortafierros con las cabezas envueltas en trapos gruesos, y empiezan a dar golpes sobre el agujero del piso. Bogado siente como si el ruido fuese atronador. Pero pasan los minutos y nadie viene desde la oficina de los guardias. Evidentemente las lustradoras tapan el sonido. A otra señal del Hormiga, Carucha y Ernesto reemplazan a los otros. Los demás miran extasiados. No pueden apartar los ojos de ese hueco que se ensancha. Se supone que uno de ellos –Bogado ya no recuerda cuál, ni le importa– debe estar de pie en el extremo de la góndola, vigilando el pasillo central y la línea de cajas, pero ninguno puede sustraerse al hechizo proverbial que toma forma en el centro de la ronda.

Cuando le toca el turno, a las cuatro menos diez, Bogado siente que flota en una excitación sin edad. Piensa en su tío, pero trata de borrarlo de su pensamiento por miedo a quebrarse tan cerca del triunfo. El Hormiga, olvidado de su papel de estrategia, da vueltas y saltitos asomándose sobre las cabezas inclinadas, y repite como loco: “Ahora sí, muchachos. Ahora van a ver. Ahora se nos da. Es cuestión de sacar de acá y poner allá, en el Bajo. Se acabó la malaria, van a ver, se los juro”. Y Bogado siente, mientras golpea frenético el cemento, que es verdad, que es cierto, que esta vez se corta el maleficio, y que son ellos los ángeles custodios del milagro.

Bogado siente una oleada de pasmo. El cortafierro acaba de hundirse, bajo el contrapiso, en una materia blanda. No puede contener un gritito. El Hormiga apunta la linterna al agujero. Una masa cenicienta y blanda yace bajo los restos de los escombros. No pueden controlarse. Se lanzan al unísono a escarbar con las manos desnudas, unos sobre otros. Dan las cuatro, pero no lo notan. Rubén, de repente, pide casi a gritos que le iluminen la mano. Ocho pares de ojos se clavan en su puño. Tiene la piel arañada, las uñas rotas, el anillo de casamiento opaco y cruzado de raspones. Y bien aferrado, como si fuera un tesoro de cuento, un puñado de tierra negra que asoma entre sus dedos crispados. Bogado trata de contener las lágrimas, pero cuando escucha los sollozos de Carucha, y cuando ve que Sergio se hinca de rodillas y se tapa la cara para que nadie lo vea, se lanza a moquear sin vergüenza.

El Hormiga se adelanta. Los demás le abren un espacio en el medio. Se hinca con la dignidad de un sacerdote egipcio que se dispone a escrutar las más oscuras trampas del destino. Sergio levanta la linterna y le ilumina las manos mientras recoge trocitos del tesoro en un frasco de vidrio. Cuando termina se pone de pie. Alza el brazo derecho con el frasco en alto. Vacíos de palabras, los ocho se apilan en un abrazo. Tardan en destrenzarse. A una orden del Hormiga salen disparando hacia una salida de emergencia.

En la cabina de control de cámaras, un guardia frunce el entrecejo. Otro le pregunta qué le pasa. El guardia piensa antes de responder. Esos monitores color son muy lindos, pero todavía no se acostumbra. Igual contesta que no pasa nada. Teme que su compañero piense que está loco si

Eduardo Sacheri

le dice que creyó ver, a la altura de la góndola de los fideos,  
pasar corriendo a unos tipos vestidos con camiseta de San  
Lorenzo.

# Lluvia de fuego

Eugenia Almeida

## Almeida x Almeida

Nací en Córdoba en 1972. Soy licenciada en Comunicación Social. Trabajé como lavacopas, moza, personal de limpieza, cadete, secretaria, vendedora, artista callejera, profesora particular y recepcionista. A cada uno de esos trabajos fui con mi equipo de supervivencia: una lapicera y un cuaderno. Esas herramientas, hoy, son parte cotidiana de mi trabajo. Doy clases, reseño libros, hago radio, coordino talleres de literatura. He publicado tres novelas y un libro de poesía.

[www.eugeniaalmeidablog.blogspot.com.ar](http://www.eugeniaalmeidablog.blogspot.com.ar)

## I

El dolor de espalda es insoportable. Insoportable, insoportable, insoportable, insoportable. Ella muerde la palabra rezando un rosario de rabia. Primero la sorpresa, después el malestar, después la desesperación, ahora la rabia. Un cuerpo que la sostiene con trabajo.

Afuera se oyen bocinas. El departamento tiene un resplandor que la ciega. Hay humo, en alguna parte de la ciudad una columna de humo busca escapar del infierno. Bocinas, frenadas, puertas que se golpean con esa violencia que solo brota en diciembre.

Ella cierra la ventana y apoya el cuerpo contra el marco de la puerta. El corpiño le molesta bajo el brazo, pero hace demasiado calor para armar el gesto de quitárselo.

La heladera suelta el ruido de una carreta que se desarma. Lucha contra los 43 grados que acaban de anunciar. La radio portátil sobre la mesada, ella en ropa interior, de pie, mirando los azulejos mientras reza, promete, hace todo lo que puede conjurar el dolor.

Va hasta el baño. Abre la canilla. Deja correr el agua y hunde ahí la toalla de mano. Prepara sus brazos para retorcerla y una víbora de hierro se tensa en su espalda, otra vez. Se apoya la toalla empapada en la cabeza, manotea en el aire hasta que encuentra una silla plegable y la arrima a la mesada sin agacharse. Con un pie acerca el ventilador que está en el piso. Se ríe. Apenas, como si fuera un golpe de tos que no puede contener, un estornudo que es risa. Se ríe de lo que ha pensado: ahora falta que me electrocute, toda mojada moviendo el ventilador con los pies. Se ríe y deja flotar la idea que viene justo después: ¿los muertos tendrán calor? Los muertos no se duelen, dice en voz baja.

La toalla sobre el pecho, el ventilador directo al cuerpo, algo que comienza a aflojarse, algo parecido a un alivio precario e independiente de nuestros gestos: una nube que tapa el sol en el desierto; lo único que sabemos de ella es que no va a estar ahí para siempre.

Suelta la toalla para incorporarse y poner la pava sobre la hornalla. El fuego la ahuyenta pero el mate es indispensable. Apagar eso que hay dentro. Hambre. Hambre. Conoce bien el nombre. Hambre.

La radio portátil suelta una música que machaca hasta que la voz chata del locutor anuncia que el presidente se encuentra en la provincia, en un campo de golf, en unas breves vacaciones. Ella hace un gesto de asco y se quita de la boca una hebra de tabaco. Tabaco armado, mate, toalla húmeda sobre el cuerpo, 48 años. Todo eso junto, mientras afuera suenan los bombos de manifestaciones que llegaron demasiado tarde. Tarde. Las palabras se quedan ahí, sobre el piso, solo pueden ser repetidas, tan pesadas como sus

piernas. Piernas cruzadas por una estría que se ha vuelto moleestamente visible. Parece una luz tóxica en medio de la piel. Bombos, explosión, locutor, marcha, paro, piquete, palo, bala, carro, arrastre, sangre, golpe. Eso, todo eso, pasa del otro lado del vidrio. Cada día, todos los días. En esta ciudad, “infierno” se dice “diciembre”.

Sobre la cama está el diario. La parte que robó en el bar. Quizás el dolor viene de tanto inclinarse a mirar esas letras mínimas. Nada, nada, nada. Solo un aviso que dice “Promotoras temporada Navidad”. Ahí es donde apuntará el último gesto. Ahí. Mañana a la mañana.

## II

La madrugada se abre con treinta grados. La noche ha servido solo para esconder el agobio. Ella mira el fondo de la calle queriendo ver el colectivo. De la vereda de enfrente se cruza la chica que reparte pizzas los fines de semana. Se saludan con un cabeceo. Alguna vez han intercambiado dinero, comida, sonrisas, una mirada breve que significaba algo pero que ninguna de las dos supo nombrar. La chica lleva un bolso de montaña. Debe tener un atril ahí. Algo presiona la tela de avión queriendo escaparse. La correa le cruza la espalda, como un monje oriental. Se miran. Apenas.

Cuando el colectivo abre la puerta, la chica hace el gesto de invitarla a que pase primero. Ella acepta, con algo de incomodidad. No hay asientos libres. La chica se va al fondo y se apoya contra el caño. Parece que tuviera un animalito, en el bolso. Pero no. Quizás.

La espalda se resiente en los arranques y las frenadas. Los cuerpos extraños se golpean y se murmura una disculpa. Nadie tiene fuerzas para quejarse o levantar la voz. La avenida está cortada y el colectivo se desvía. Un tipo de camisa putea por lo bajo, rezonga, repite el discurso ajeno. Mira desde la ventanilla, suelta odio a esos que son el exacto espejo de sí mismo. Alguien acaba de fumar. Se siente ese perfume rancio y turbio flotando en el aire. Ella vuelve a mirar a la chica. La chica la mira un segundo pero no le sonrío.

Cuando llegan al Centro, ella se acerca a la puerta. Trata de llegar al timbre antes de que la plaza quede atrás. No puede estirarse, no puede alzar los brazos, no puede estar derecha, la furia vuelve a crecer, a hacerse enorme, a hacerse todo. La chica se acerca.

—¿Acá bajás?

Ella asiente con la cabeza. Le ha dado vergüenza. Quizás el que sea tan evidente que está dolorida.

La chica aprieta el timbre. El colectivo frena, ella se baja y apenas pone el pie en el piso, se da vuelta. Ahora sí, la chica le sonrío.

### III

—¿Qué pusiste en el aviso?

—“Promotoras”, me dijiste.

—Sos un boludazo. Por eso están todas esas.

Desde la ventana del primer piso, la mano recorre la fila de chicas en serie. Una igual a otra. Puperas, pantalones ajustados, brazos delgadísimos, dientes blancos.

–Promotoras era para el otro local. ¿Pusiste “mayor de edad”, por lo menos?

–Era más caro.

–Si no fueras mi hermano, te llevaba a patadones hasta Buenos Aires. ¿Y ahora de dónde sacamos a Papá Noel?

El que protestó hace un gesto ofuscado, se toca el pelo, se muerde el labio, alza el cuerpo y sale del escritorio. El otro lo sigue por detrás. Una coreografía que repiten desde que eran niños. Uno manda, el otro muere por complacer y, curiosamente, siempre se equivoca.

Ella está en la cola, cerca de la puerta de vidrio. Ha pensado en irse. Todas las otras tienen veinte o treinta años menos. Todas son perfectas, jóvenes, livianas. Ha pensado en irse porque está a la vista que ese no es lugar para ella, que van a humillarla, que van a hacerle pagar el precio de necesitar. Ha pensado en irse pero la espalda la obliga a quedarse un rato más. Mover su propio cuerpo parece la tarea más difícil.

–¡Traela a la señora! –grita el que va primero.

Ella se da vuelta a mirar pero ya sabe que, ahí, la única que puede entrar en esa categoría es ella.

Las chicas zapatean, una escupe un chicle, otra resopla.

El hermano menor recorre la fila y le da las indicaciones para ir al otro local. Tiene cierto apuro por volver adentro, por escuchar qué le va a decir Ramiro a esa vieja.

Los ve detrás del vidrio. Quiere escucharlos pero las chicas preguntan una cosa atrás de otra. Cuando finalmente termina, ve cómo Ramiro pone el disfraz de Papá Noel sobre el escritorio. Ve cómo la mujer asiente con la cabeza. Dice algo. Ramiro mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca un atado de billetes. Separa dos con la cara

de Eva Perón y los estira. Ella sale del local abrazada a la bolsa y en la esquina se mete en la farmacia. Los doscientos pesos compran lo más fuerte que se puede pagar con ese dinero.

#### IV

Una semana de campanear por la peatonal, de hacer voz grave, de aguantar la barba y el bigote. Una semana de desesperación en ese traje de felpa bajo el sol de diciembre. Los chicos que le tironean un pantalón que le queda demasiado grande, que gritan, que piden, que lloran. El cuerpo anestesiado por las capas de ropa que se ha puesto para dar con la silueta de Papá Noel. Eso es bueno. Quizás haya sido el excesivo calor pero el dolor ha cedido. A veces la muerde, de fondo. Pero ya está en retirada. Las capas de tela hacen que el impacto de los niños contra su cuerpo también esté amortizado. O quizás el dolor y las molestias están desapareciendo porque hoy es 24 y esto termina en dos horas y termina con algunos billetes y hoy va a poder ducharse y quedarse en ropa interior y asomarse a la ventana a ver las luces en el cielo y oír la radio en la oscuridad y comer algo rico. Y tomar sidra helada. Los pies descalzos en el piso fresco, el ventilador, la sidra helada. Un paraíso.

Tiene diez minutos de descanso. Si hay suerte, le alcanzan para fumar un cigarrillo mientras corre al shopping de la otra cuadra. Baño y aire acondicionado. Calcula el tiempo como una velocista porque los dueños del local le han advertido que no puede fumar ahí. ¿Se imagina ver a Papá Noel fumando?, dice el más grande. Ella le encuentra

cierta lógica. Y además, se siente un producto inflamable. Si le cae una chispa en la ropa no va a haber quién la salve.

Al entrar al shopping ve a la chica que reparte pizzas, con el mismo bolso de la otra vez, bajando por las escaleras mecánicas. Levanta la mano para saludarla y la chica la mira. El gesto es de extrañeza. Ella entiende y se sonríe, bajo la barba. Pero algo debe de haber reconocido, porque ahora la chica hace un gesto teatral, como si señalara a la primera actriz que sale a recibir los aplausos. Ella se inclina muy suavemente y las miradas se pierden.

Cuando está volviendo al local se oye un estruendo, una corrida, alguien grita “ladrón, ladrón” y de todos lados y de ninguno aparecen brazos, manos, puños dispuestos a perseguir y golpear. Ella se pega a la pared para que no la atropelle la turba que abre una cacería sin datos. Desde ahí ve el umbral de una casa antigua. Escondida, la chica.

Se miran. Hay algo ahí que se hace claro. Alguien casi atropella a Papá Noel, que cruza la calle sin mirar. La chica duda entre correr y esperar.

—¿Qué pasó?

—Nada.

—Dale.

La chica hace un movimiento brusco que la expone. Quiere esconder lo que tiene en el bolso.

—¿Qué hay ahí?

—Nada.

—Dale, ¿no ves que te buscan a vos? Yo te lo guardo.

La chica mueve la cabeza para decir que no. Ella hace un gesto rápido y cuando su mano roza el bolso siente un golpe de frío. La chica mira el piso. Se sorprende cuando ve cómo esa mujer se levanta el saco rojo y empieza a tironear

hasta sacar una sábana. El volumen del cuerpo se desinfla. La chica abre el cierre, ella tapa el gesto con su cuerpo, la chica saca del bolso una escopeta recortada. La envuelven en la sábana y ella vuelve a meter ese bollo de tela bajo el saco. Se aleja sin decir nada. Revive la risa de hace unos días, cuando pensó que corría riesgo de electrocutarse. Ahora piensa: a ver si esta cosa se dispara y me vuela media cara. En la peatonal algunos miran a ese Papá Noel algo extraño que tiene algo puntudo presionando bajo su disfraz.

El día termina enseguida, antes de lo previsto. Le pide a uno de los dueños si no hay una bolsa o una caja vacía, se apura a inventar la mentira que evitará las preguntas: “Mi sobrinita quiere una muñeca y yo ya la tengo, pero quiero ponérsela en un paquetito especial bajo el árbol y pensé entonces que ustedes seguro tendrían algo que me sirva...”.

El hermano mayor corta el discurso con un gesto seco: “Llévate la bolsa del disfraz. Total, hasta el año que viene no la necesitamos”. Ella va al baño, toma el envoltorio de la escopeta y lo mete en la bolsa roja con cascabeles. Se mira al espejo antes de salir. Afuera, el mayor de los hermanos le da su dinero. Cuando casi ha salido oye que la llaman. Una caja con turrón, budín y una sidra. Pasa un segundo de zozobra pensando cómo va a acomodar eso junto a la escopeta pero ya nadie la mira, ya ha salido del conjunto de cosas que existen para los dueños del local. La noche empieza bien.

## V

Ya se ven las primeras luces en el cielo del barrio. Un globo de papel se incendia y cae una lluvia de fuego sobre la vere-

da de enfrente. La ventana trae un aire limpio. Algo, algo, algo, algo se ha destrabado. Quizás tiene razón, piensa ella, los que están celebrando hoy. El nacimiento de un dios. Ella tiene un dios pequeño, minúsculo, cotidiano. Un dios que ha inventado el frío. Ella saca la sidra del congelador y se la apoya en la frente. Algo, algo, algo, algo se alivia. La alegría debe de ser un sinónimo de lo liviano.

Le ha parecido oír un ruido pero en una noche como esta todos los ruidos son ajenos. Se levanta de la silla para bajar la radio. Ahí está, otra vez. Alguien toca la puerta.

Se asoma a la mirilla. La chica.

Ella abre apenas un poco. La puerta entornada.

–Esperame.

Va y busca la bolsa roja. Se la entrega sin animarse a mirarla.

–¿Puedo entrar?

La puerta se abre.

La chica entra como un Papá Noel de incógnito, llevando la bolsa que acaban de entregarle.

Ella va a desplegar otra silla. Van a sentarse mirando hacia la ventana. Van a quedarse un rato en silencio.

–Querrás saber.

–No hace falta.

–Quería vender esa cosa. Es de mi tío. Era de mi tío. Se murió. Vivía con él. No tengo un peso. No sabía qué hacer.

Afuera se oyen gritos, voces que cantan, festejos y un trueno.

–Viento sur –dice ella.

La chica estira las piernas.

–Debe ser por la pinta que tengo. La saqué para mostrarla, nada más. Para preguntar dónde podía venderla.

Debe ser por la pinta, digo. Todos creyeron que iba robar. Si no sé ni cómo sostenerla... Ella busca la bolsa de tabaco y se pone a armar un cigarrillo. Cuando lo termina, lo deja a un lado. Arma otro.

–Tengo sidra. ¿Querés?

–La chica sonrío y acomoda la bolsa con la escopeta en un rincón.

La noche llega mansa a esos cuerpos cansados y serenos en la oscuridad. Dos sillas ante una ventana, el viento que trae olor a lluvia, los vasos, los cigarrillos. La compañía de quien sabe estar ahí, sin decir nada, dejando el tiempo pasar.

La mañana llega cuando todo lo que duele ha tenido un respiro. La mañana trae algo de belleza. De felicidad.

# The way you look tonight

Inés Garland

## Garland x Garland

Nací en Buenos Aires en 1960. Escribí mi primer cuento a los diez años, pero no me animé a mostrarle lo que escribía a casi nadie hasta los treinta y ocho. Trabajé como profesora de gimnasia, niñera y productora de televisión mientras acumulaba cuadernos y carpetas y hojas escritas a mano o con máquina de escribir. También escribí notas para revistas, libros por encargo, guiones de documentales de arte, folletos para un visitador médico, publicidades que nunca salieron, biografías de personas que querían contarles su vida a sus hijos y nietos. Publiqué mi primer libro hace doce años y en algún momento más personas empezaron a leer mis libros y unas editoras decidieron que una de mis novelas era para jóvenes. Entonces descubrí a los jóvenes como lectores. Y después a los niños y se me empezaron a aparecer historias para ellos. También me gusta ayudar a otras personas a buscar lo que quieren decir y a encontrar y reconocer las palabras que necesitan para contarlo. Por eso doy talleres de escritura creativa. Me gusta decir en mi lengua lo que otros dicen en inglés, ver cómo empujo los límites de lo que mi lengua tiene para expresarse con lo que viene de otra lengua. Por eso, resumidamente, traduzco. Me gusta leer y que me lean en voz alta, me gusta leerles a otros en voz alta, me gusta leer en voz baja, sentada, acostada, parada, en mi casa, en el colectivo, en el tren, en los aviones. Me gusta el olor de los libros. Me gustan las palabras. Me gustan las personas (casi siempre). Me gusta pensar. Me gusta conversar.

Ni lo pensaron mucho. Tampoco lo habían planeado. Era algo que podía pasar y pasó, algo que ya les había pasado a otros o por lo menos ellos dos pensaban que les había pasado a otros, a los compañeros de colegio. Era algo que había que hacer.

El padre de él estaba en el cuarto de al lado. Miraba un programa de televisión a todo volumen. A veces al hijo le parecía que era para no escuchar nada de lo que pasaba en su cuarto, pero no sabía si era eso, nunca lo habían hablado. El padre también tenía sus novias, pero esa noche estaba solo. Habían comido pizza los tres. Al padre le gustaba Magdalena, se lo había dicho, le había dicho “está buena Magdalena” y se habían reído del verso sin esfuerzo. El padre había hecho un gesto, las manos enfrentadas, un recorrido del cuerpo de una mujer invisible, de Magdalena invisible, con cinturita y caderas. A él lo había puesto un poco incómodo. Al padre, le pareció a él, también. Pero se rieron del verso y la incomodidad pasó. Los amigos siempre le decían que su padre era muy buena onda. Sí, era muy buena onda, pero esa noche a él le habría gustado que no estuviera en el cuarto de al lado cuando Magdalena le tiró

el cuerpo encima y le empezó a decir cosas como en las películas. Él sabía que tenía que usar forro, se lo habían dicho los padres, se lo habían dicho en el colegio, pero no había pensado que las cosas se iban a dar tan pronto. Se sintió raro cuando Magdalena se empezó a desvestir. No es que no hubiera visto mujeres desnudas antes, las había visto por todas partes, en fotos y en películas y en la televisión, desde hacía mucho tiempo, pero ella era distinta, y aunque se acababa de sacar la camisa sin desabrocharla, como si le hubiera agarrado un apuro imposible de detener, él se sintió incómodo. La abrazó casi sin mirarle las tetas y le comió la boca. Así se hacía. Pero no. Se le ocurrió que quería parar, que había algo que no estaba bien y hasta que no supiera lo que era, no iba a seguir. La apartó. ¿Era alivio lo que le pareció ver en la mirada de ella? Le alcanzó la camisa. Le dijo que antes quería escuchar un poco de música y conectó el celular al parlante nuevo. Le había preguntado a su mamá quién era la que cantaba esas canciones que a ella le gustaban tanto, una negra que la ponía triste, pero había una canción que hablaba de un amor feliz y él creía que a Magdalena le iba a gustar. La abrazó y se quedaron parados, abrazados, como si estuvieran por bailar, pero no bailaban. La canción decía “la manera en que fruncís la nariz toca mi tonto corazón”. Y cuando Magdalena fruncía la nariz, a él le pasaba algo en el corazón, decididamente, se lo dijo. Se le ocurrió que a ella le iba a gustar eso, que él le dijera lo del tonto corazón. Y no se equivocó en sus suposiciones.

Ni sabe en qué momento se acabó la música. Se dio cuenta de que estaban en silencio cuando ya se había sacado la remera y ella se sacó otra vez la camisa y le apoyó las

tetas desnudas contra la piel. De solo acordárselo se vuelve a quedar como esa noche que no puede explicar, ni siquiera sabe qué palabras ponerle a eso pero lo que sabe es que cree que se le cruzó por la mente la idea de que tenían que cuidarse, pero no pudo parar. Si le decían que si seguía se iba a morir, hubiera contestado que morirse se iba a morir si no seguía. No podía ni respirar. Quería partirla como una nuez y comérsela. Algo así. Si le hubieran dicho lo que iba a pasar, no paraba. Ahora le dirán que está loco y que cómo puede decir una cosa así. Pero él sabe que no habría podido parar. Ella tampoco quería parar. Ninguno de los dos quería parar. Era eterno eso, esas ganas de agarrarla y meterse dentro de ella, y ella también parecía otra, se le había hinchado la boca, tenía algo en los ojos que él nunca le había visto, una manera de mirarlo como si ella también quisiera meterlo entero adentro de ella a través de los ojos y se pegaba a él, era como si no hubiera habido nada de ellos que no estuviera tocándose, ella le enroscaba las piernas alrededor de las piernas, se cayeron al piso, o se tiraron. Piensa ahora que se podrían haber desnucado y su cuerpo hubiera seguido. Sin cabeza, como esos bichos religiosos, él hubiera seguido. Ahora que lo piensa decide que es un error evaluar las cosas parado en otra parte que donde uno estaba cuando las hizo. Todos le hablan como si él hubiera podido hacer algo diferente. ¿Acabar afuera? ¿Acabar afuera? ¿Dónde? No había adentro y afuera. No había antes y después. No había ella y él. No había nadie ni nada que no fuera eso que había visto mil veces en las películas pero nadie puede decir de verdad qué es ni cómo porque no es una mariposa que se pueda clavar en un corcho, ni un sapo disecado en el laboratorio, ni un dibujo, ni siquiera palabras

que hace no sé cuánto rato que está tratando de ponerle y lo único que logra es que el cuerpo entre ahí aunque sea a través del recuerdo y él sepa que no podría haber hecho nada distinto. No en ese momento.

Debe haber sido la primera vez que le vio semejante cara de susto a Magdalena. Tenía los ojos brillantes de lágrimas cuando se pusieron a limpiar la colcha y ella mascullaba algo de la pastilla del día después y él decía, sí, sí, pero no era en eso en lo que estaba pensando. Pensaba en sus padres que tantas veces le habían contado que los habían obligado a casarse como si para él fuera fácil escuchar eso sin sentir culpa, como si hasta fuera por él que se habían dejado de querer después. Magdalena se vistió pero se olvidó el corpiño y él estaba agachado frente a ella, limpiando la colcha y le veía adentro de la camisa abierta las tetas que se hamacaban con el movimiento del cuerpo, el vaivén que limpiaba y él quería decirle que dejaran todo y se fueran lejos, que dejara la mancha, que dejara la ropa, que lo envolviera con las piernas con los brazos con el pelo, que dejara que la mirara, la boca, que lo dejara meterse otra vez dentro de ella, sentir cómo lo apretaba ahí abajo como una anémona, que volviera a besarlo, a decirle mi amor mi amor mi amor con la voz de la boca hinchada y la mirada esa nueva toda para él. Que no tomara la pastilla, que lo iban a querer, que cuando frunciera la nariz.

Pero qué estúpido. Qué estupideces se le habían ocurrido esa noche.

# Cenicero

Rosario Bléfari

## Bléfari x Bléfari

Soy Rosario Bléfari. Nací en Mar del Plata en 1965, pasé la infancia en Bariloche y vivo desde los 12 años en Buenos Aires. Protagonicé la película *Silvia Prieto*, de Martín Rejtman y formé la banda de rock Suárez durante la década del noventa. En 2000, edité cinco discos como solista. En 2013, con músicos de la escena del rock independiente, hice una banda nueva: Sué Mon Mont. En 2016 comencé, en paralelo a los otros proyectos, “Paisaje escondido”, canciones experimentales. En cine, mis trabajos actorales más recientes son en la película *Idea de un lago*, de Milagros Mumenthaler (2017) y en *Adiós entusiasmo*, de Vladimir Durán (2018). Mis libros publicados son: *Poemas en prosa* (Belleza y Felicidad, 2001), *La música equivocada* (Mansalva, 2009), *Antes del río* (Mansalva, 2016) y *Mis ejemplos* (Lecturas, Chile, 2016).

En la plaza nos quedamos mirando al hombre que hace un cenicero en un minuto. El olor de la madera apenas quemada. El sonido del tallado: el impacto del golpe que hace estallar los pedazos de madera. Las astillas volando. El aserrín que se acumula en el suelo. El conocimiento secreto de fondo y figura –saber qué es lo que hay que quitar para poder leer lo que queda en relieve–. El soplete de fuego usado como un pincel. Es un espectáculo infinito porque dura un minuto y vuelve a empezar y siempre hay alguien listo para pedir otro cenicero. Pienso qué nombre tallaría en la madera, pero no fumo tanto como para tener un cenicero con el mío, tampoco estoy asociada a nadie de tal manera que merezcan ser tallados, a dúo, los nuestros y menos aún imagino una alianza perpetuada en el fumar. Me da tristeza esto de los nombres, la gente se acerca con los diez pesos en la mano y le dice al tallador qué poner. Cuánto valor tienen sin saberlo estos ingenuos al decir esos nombres, entregándolos al riesgo de quedar unidos en un objeto, aun cuando nada más los una. Pero el ánimo de mi compañero y la admiración que le causa este tallador, me hacen olvidar de esas cuestiones. Así me pasa

todo el tiempo cuando estoy en su compañía, en especial este verano. ¡Ah, todos esos lugares y cosas que me quiere mostrar!, todas esas actividades que en algún momento compartió con otros, todo lo que le gusta y colecciona. No solo me admiro del recorrido que hacemos por sitios puntuales –a los que también quiere llevar a otras personas, lo sé, un día escuché que le decía a alguien que lo iba a llevar a los mismos lugares que ahora me lleva a mí–, también admiro la forma en la que distribuye esas actividades en el poco tiempo que tenemos, esa especie de tour con horarios estrictos que armó y con el que quiero cumplir como una alumna aplicada.

Todo lo que alguna vez podría haberme aburrido o resultado indiferente se me hace encantador. Ahora tengo paciencia infinita para esperar una mesa en una pizzería –¡cuándo yo!–, hambre súbita para probar gustos de helado, tortas fritas de la plaza, golosinas que como por primera vez, entusiasmo por observar, a su lado, cómo juega a lo que sea en máquinas con pantallas desgastadas o por partidos de ping pong para los que resulto inepta. Me intereso por cada observación, por cada gesto. Estoy hecha un asco. Pero es tan agradable lo que siento, como un abandono, una especie de desmayo de bienestar, y lo único inquietante es el presentimiento de que este estado estúpido y feliz es tremendamente adictivo, que voy a necesitar sentirme así una y otra vez, que esta sustancia que me inunda, no voy a saber después ni cómo ni dónde conseguirla, porque no se consigue fácil, porque soy difícil, porque siempre voy a comparar y nada me va a resultar igual.

Sin embargo, me sigue molestando la basura que el viento arrastra entre las mesas de la rambla queriendo arruinar

nuestra escena y, cuando él va a comprar un choclo me pongo a levantar las bolsas de nylon que bailan en los remolinos sin que me vea. Me siguen sin gustar las cosas que venden en los puestos de la plaza y lo que tocan los músicos callejeros me irrita, pero ignoro todo, borro de alguna manera todo lo que me sigue resultando vulgar, repetido, poco interesante porque este tal vez sea mi último acto de suficiencia, de sentir que puedo torcer el volante y salirme de la ruta cuando quiero. Aunque el sol esté fiero, me quiero meter en el mar, aunque no tenga toalla ni lona y la playa esté ocupada centímetro a centímetro y las aguas estén contaminadas, yo quiero mojar me en el mar como sea. Ya sé que hay playas mejores, él me lo quiere explicar, se fastidia de mi capricho de mar, pero no me importa nada, porque estoy así, estoy imparable, aunque todo esto sea en algún punto incómodo y raro y nos molestemos mutuamente porque yo quiero y él no y mi entusiasmo debería estar solo al servicio de sus gustos para no causar conflicto alguno, igual, estoy segura que esto es único y es ahora que lo siento y que será la última vez que sienta algo similar.

Ya sé que es bastante rebuscado, que es a contramano y encima él y yo no lo percibimos igual, porque nada percibimos igual. Es que no se trata de lo que pasa en realidad, no se trata sobre nada de lo que pasa ni de lo que vemos o probamos, no es la ciudad ni siquiera el mar, soy yo, soy yo sola fabricando este suplemento de la felicidad de esta manera y es acerca de cómo todo está bien si me siento así, y cómo así puedo afrontar todo lo que no me termina de gustar o directamente lo que me disgusta, o lo que me es indiferente, así sí puedo atravesar el mundo como supe, si

es que supe alguna vez hacerlo. Hay como un reflejo que vuelve, algo de antes de todo, de antes de nacer. Pero por momentos también se hacen presentes las aristas de esta construcción que me decepcionan, me lastiman. Aparecen como síndrome de abstinencia constante –nunca es suficiente–, otras como una sobredosis que me deja exhausta y a veces, muy pocas veces pero también sucede, hasta pareciera que fabrico mal la sustancia en cuestión y no consigo que me produzca el efecto deseado, por lo que me enojo y entonces no me queda otra que volver a la normalidad, que bajarme de todo este cóctel. La normalidad es ese grado neutro en el que nada me parece tan estimulante ni me decepciona del todo, esa neutralidad que hay que aprender a aceptar.

Esa noche nos acostamos temprano. No sé por qué me pareció que el hombre que estaba en la recepción nos odiaba. Cuando le pedimos que por favor nos despertara a las ocho nos dijo que el despertador se programaba con el teléfono de la habitación y siguió leyendo el diario. De casualidad miré la fecha y vi que era de la semana pasada, pasaba las hojas como buscando algo en particular. Sobre el mostrador vi también una tijera y pegamento. Me recordó esa escena trillada en la que un psicópata guarda recortes de asesinatos. Ni siquiera intentamos programar el teléfono de la habitación, pusimos las alarmas de los dos celulares. Antes que sonaran me desperté. Mi compañero no estaba. Todavía era de noche, pero ya empezaba a aclarar. Tampoco estaban su valija ni ninguna de sus cosas. Entré al baño muy dormida, sin entender. Me metí bajo la ducha y no sé cuánto tiempo estuve pero fue una eternidad. En un momento me acosté y dejé que el agua me

pegara en el estómago. Iba sintiendo un extraño alivio a medida que el desconcierto le abría paso.

Desayuné hasta que levantaron todo. Casi terminé la novela que venía leyendo hacía meses sin poder avanzar. Dejé la habitación, el equipaje lo guardó el recepcionista que corta y pega. El día era una gloria. Corría esa brisa yodada suave y me fui a pasar el día a orillas del mar hasta que el sol empezó a bajar.

Un perro llevaba una caja vacía de cartón de vino Uvita. Uvita, Uvita, lo llamé y vino corriendo con su carita simpática, tan amistosa. Me seguía, me esperaba. Fue difícil conseguir todo lo que se necesita para el traslado, pero ahora vive conmigo en Buenos Aires. Me imaginé que era el perro de un borracho de la calle y que quién sabe cómo la vida los había separado. El perrito se había quedado con la caja de cartón, la última que tomó su dueño. No quiso que se la sacara. Ahora mismo Uvita tiene una entre los dientes. Compró una por semana, como no me gusta el vino lo tiro en la pileta y de vez en cuando uso un poco para cocinar.



# No mata

Gabriela Cabezón Cámara

## Cabezón Cámara x Cabézon Cámara

Nací hace 49 años en Buenos Aires. Antes de saber leer me encantaba que me cuenten cuentos. Después, leerlos: era como estar en una burbuja donde nadie podía joderme, donde aprendía cosas que me parecían muy útiles, como qué hacer en el caso de caer en una isla de gigantes o de que me saliera un genio de una lámpara. Y charlaba, para mí leer era eso también, con los autores, que me parecían gente mucho más interesante que la que yo conocía. Estaba buenísimo leer. Así que pensé que escribir sería todavía más copado y acá estoy. Besos a todos.

La mano de Dios aprieta pero no ahorca. Y no mata: con la mano juntó Dios el barro para hacer los muñequitos y crearnos varón y mujer a Su trans imagen y semejanza, después la cerró y del puño estiró el índice hacedor, apuntó a la parejita de polvo y agua y lanzó el rayo vital mientras exhalaba un “¡Fiat!” con tantos pegajos de fuerza como granos de arena tienen las playas y los desiertos de la Tierra y lleno del divino aliento imperativo que es el principio del aire que respiramos y por eso mismo la mano de Él no puede ahorcar. Y no mata.

No mata, se habrá repetido como rezando, como se pide mas líbranos del mal cuando se tiene los dientes del mal en la nariz, como se afirma casi sin aire Dios aprieta pero no asfixia aunque esté ahogando y lo habrá afirmado y reafirmado el soldado de Cristo Jesús y del Ejército Argentino Omar Octavio Carrasco porque bien sabía luego de cinco años de seminario bíblico que Dios vomita a los tibios. No era momento de preguntarse si gargajearía a los calientes y cagaría a los fríos, solo tenía la certeza de que en el minuto que podía ser el último no podía andar

dudando como un tibio pero dudaba él cuando estaba boqueando como un pescado porque se ahogaba, porque en vez de aire le entraba un líquido dulce que tal vez fuera el vómito de Dios y antes de que le entrara el líquido le habían llovido golpes como maná y uno, el final, le cayó como un rayo de Dios, lo vio venir y con el medio ojo que le quedaba abierto y la media cuerda vocal que todavía le vibraba gritó no cuando el borceguí del oficial que había visto retroceder a toda velocidad avanzó como un proyectil agigantándose y cerró los ojos cuando la punta le entró en las costillas y le agujereó un pulmón que se le empezó a llenar de sangre y él empezó a respirar Su vómito y ya no Su aliento, ese aire con que llenó la tierra para que volaran los pájaros y se mecieran los árboles y respiraran todas las criaturas que había creado para qué, para no estar solo sería, entonces le faltaba algo a Dios, habrá dudado Carrasco cuando le entró la punta de una patada que no le salió nunca más, para siempre se le quedó la patada adentro y siempre duró como veinticuatro horas: había venido con todo el envión posible para un milico bien entrenado y de piernas largas, la habrá visto venir como quien ve caer una bomba hendiendo ese aire de Dios para los pájaros y los aviones y seguramente también para los misiles; así habrá visto Carrasco al borcego que lo terminó matando de un paro respiratorio aunque se dijera el soldado que la mano de Dios aprieta pero no asfixia y que la boca de Dios maldice pero insufla aliento divino y le da vida al polvo que somos y que si mata es al maldito pero no después de Cristo Jesús y además él, soldado de la Patria hacía tres días pero soldado del Ejército Evangélico Mundial Antorcha de la Fe desde el principio, era de

los elegidos desde que más o menos en su octavo mes de gestación su padre desbarrancó en la ruta que va de Cutral Co a Trenque Lauquen y mientras caía él mismo vio caer el cargamento de pollos sin cabeza y sin plumas, los vio derramarse barranco abajo como si hubiera salido un río de pollos muertos del culo de la camioneta repartidora, la ola de pollos se alzó, cayó fuerte y levantó polvo de la tierra seca que brilló como si hubiera sido de diamantes, una tierra de mierda que no servía ni para plantar soja, esa plaga, una de las últimas, uno de los cinco jinetes, una tierra tan de mierda que estaba como maldita desde el origen pero le brillaron las partículas al sol del atardecer en el barranco mientras don Francisco Carrasco, repartidor de pollos, hijo de un trabajador petrolero que había querido una vida mejor para él y lo había conchabado de peón en la granja Desertpollo donde el gurí había ascendido hasta repartidor y entonces se había casado y había iniciado sin saberlo la muchedumbre que sería su despojo y lo supo entonces cuando volaban los pollos muertos por el mismo aire en el que brillaba la tierra de mierda y él se golpeaba la cabeza contra el techo de la cabina de la camioneta y tenía miedo de que lo echaran del trabajo o de morir y atardecía más fuerte en el desierto y los pollos amarillos rosados claros parecían chispazos pálidos del sol y el sol se veía siempre igual pese a los cambios de su punto de vista que daba vueltas dentro de la camioneta que caía girando sobre sí misma y de ese sol al que le volaban pollos como chispas pálidas pareció salir la voz que le dijo “No temas” porque todo el tiempo le habló de tú pese a que Francisco Carrasco era paraguayo y voseaba a todo el mundo, incluso al general había voseado en la colimba “No temas, hijo

mío. Eres salvado. Y tu despojo será una muchedumbre”. En ese momento se desmayó tranquilo Francisco y a las horas lo encontraron y lo llevaron al hospital y del susto a su mujer se le adelantó el parto y ahí nació, ya en la fe de Jesús Cristo Nuestro Salvador, el soldado evangélico mundial Omar Carrasco. Por las palabras de Dios el flamante padre pensó que su primogénito iniciaría una larga fila de hijos pero no, solo quedó embarazada una vez más la mamá del soldado y muchas veces se preguntaron qué habría querido decirle Dios a su repatidor de pollos dilecto Francisco Carrasco con eso de una muchedumbre será tu despojo y especularon con Sarah y Abraham que tuvieron a Isaac alrededor de los cien años pero igual rezaron y rezaron pidiendo aclaraciones. Recién lo entenderían dieciocho años después del día de Su mensaje, exactamente un mes más tarde de haber llevado a su único hijo varón a la puerta del cuartel para que cumpliera su deber con la Patria. Era la segunda vez que salían de Cutral Co desde que les había nacido el chico.

Al cuartel lo había llevado el padre en la camioneta que tuvo que comprarse después de la que se le hizo mierda el mismo momento en que conoció a Jesús. Le dijo que los milicos lo iban a hacer hombre, que no sería como en el pueblo. El chico le contestó “No te preocupes, papá, vas a estar orgulloso de mí”. Y entró con la Biblia en el sobaco, cantando *“Siempre adelante vamos con Cristo, con su palabra que es la verdad. Como soldados estemos listos, pues Jesucristo es mi general. Somos soldados de Jehová. Somos soldados de Jesús”*. Eso fue el 3 de marzo de 1994. La paliza se la dieron el 6 un oficial y dos soldados. Y su cadáver apareció en las instalaciones militares exactamente un mes después, el 6 de abril.

No puede deducirse ninguna relación de causalidad entre los dos extremos de su estadía en el cuartel. Sí se infiere que Dios, de existir, no está especialmente atento a lo que le piden sus soldados. Porque el chico debe haberle pedido que dejaran de pegarle, que no lo mataran, que le permitiera volver a Cutral Co a andar en bicicleta y a componerle canciones: fuera de Jesús, tocar la guitarra en el templo, River y el ciclismo eran sus pasiones más fuertes. A cambio, le habrá prometido alguna proeza imposible: hacerse de Boca o dejar de hacerse la paja o irse a evangelizar al Perú de Sendero Luminoso. Habrá rezado y habrá pedido y habrá ofrecido cualquier cosa, pero ni el Ejército Argentino ni el general Jesús se conmovieron y se acabaron la bicicleta y las pajas y la repartición de pollos –había empezado a compartir oficio con su padre– para Su soldado Carrasco. Quedaron pocas fotos de él. Concretamente, dos. Una de las dos debe ser del día anterior a su muerte: se lo ve rapado, mirando al frente, vestido de milico. Era un pibe morochito, de ojos achinados y alcanzó a medir un metro setenta nomás. Seguramente hubiera sido más alto, recién había cumplido los 18 cuando lo sorprendieron las diferencias entre ser soldado de Cristo y ser soldado del Ejército Argentino, la institución que le deparó la muerte y una fama que difícilmente hubiera logrado de seguir viviendo.

Era tímido el pibe. Y eso de andar con la Biblia abajo del brazo o al lado de la cama o arriba de la almohada le habrá parecido inlaudicable, algo que le debía a su Dios General. Al oficial que le dio la última patada le habrá parecido una mariconada y habrá decidido hacerlo macho. Y kaput, no más mundo para Omar Octavio Carrasco: el Señor lo llamó a su presencia. Cuatro meses más tarde, mientras se

llevaba a cabo la investigación del asesinato, un escándalo nacional, el sacrificio del soldado Carrasco fue aceptado. No sabemos si así lo dispuso el general Jesús, la empresa que medía la intención de voto de la ciudadanía o el capricho del comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de la Nación, el presidente Carlos Menem, o todo eso junto, que no se excluye.

Y su despojo fue una muchedumbre.

# Un hombre feliz

Federico Falco

## Falco x Falco

Nací en General Cabrera, un pueblo de la provincia de Córdoba, en 1977. Empecé a estudiar Agronomía pero después me cambié a Ciencias de la Comunicación. Durante varios años trabajé dando clases en una universidad, en el área de artes audiovisuales y arte contemporáneo. También, desde hace muchos años coordino talleres literarios. Siempre me gustó mucho escribir, pero también me gusta pasear, sacar fotos, ir al campo, estar con amigos y ver los árboles crecer.

En mil novecientos ochenta y cinco, gracias a dos ejercicios contables cerrados en positivo, el Banco Social entró en un pequeño oasis de bonanza que le permitió abrir nuevas sucursales y tomar numerosos empleados a lo largo y a lo ancho del país. Una de esas sucursales fue inaugurada en un pequeño pueblo de llanura llamado General Cabrera, justo frente a la plaza, en diagonal a la Iglesia, sobre el boulevard. Entre la población local contrataron cinco peritos mercantiles y como gerente llevaron a un contador rosarino terriblemente obeso, de apellido Luque. El Gordo Luque tenía una esposa y tres hijos: Joaquín Luque, que estaba en tercer año del secundario; Martín Luque, en primero, y Valentín Luque, todavía en jardín de infantes. La señora del Gordo Luque se llamaba Gladis, era simpática y habladora y enseguida se unió a las Damas Parroquiales y, más tarde, organizó y dictó en la Casa de la Cultura unos cursos de ikebana que tuvieron mucho éxito y que irradiaron a todos los livings del pueblo –y también a todos sus panteones– el equilibrio en los arreglos florales.

Joaquín Luque, en cambio, resultó ser un chico ensimismado, poco sociable y bastante soñador. Caminaba por las calles de tierra sin prestar atención a nadie, con la cabeza en otra parte. El resto de su familia –sus padres y sus dos hermanos– habían demostrado excelentes condiciones para la vida social y en pocos días ya se los podía tomar como cabrerenses de años. Pero Joaquín, no. Atravesaba, al llegar, esa etapa en que los adolescentes se fascinan con lo oscuro y lo trágico, por lo que a sus caminatas solitarias había sumado frecuentes excursiones al cementerio para pasar horas infinitas sentado sobre la tumba de una de las hijas de los Petoruzzo que había muerto tuberculosa y joven y a la que él imaginaba como una doncella ataviada con etéreos camisones blancos, pequeños senos turgentes nunca acariciados y dulce sonrisa comprensiva. El idilio terminó cuando la señora de Petoruzzo, horrorizada al encontrarse sábado a sábado al hijo del gerente del banco acampando sobre los mármoles que ella iba a pulir, dio aviso a su marido y este enfrentó al chico látigo en mano. Sin embargo, la serie de largos poemas y malogrados sonetos que Joaquín le había dedicado a su princesita de las pampas ferozmente raptada por la muerte todavía sobrevivieron un tiempo más, hasta que al hablar con algunos de sus compañeros de curso se enteró de que la hija de los Petoruzzo había sido, antes de morir, una niña más bien rolliza, olfa y bastante malhablada. La desilusión permitió que Joaquín rompiera su cuaderno de manuscritos y siguiera adelante con su vida.

Con el tiempo, Joaquín logró hacerse de dos amigos: Batallón Becario y Fito Pinta Pinta Pugliese. Batallón pro-

venía de una de las familias tradicionales del pueblo, tenía un bisabuelo, un abuelo, y un padre intendentes –siempre por el partido radical– y sobre él pesaba una palpable dosis de autoexigencia y preocupación por no defraudar las altas expectativas del clan, lo que lo había transformado en un muchacho ajado, con los nervios a flor de piel y miedo de cuanto lo rodeaba. Fito Pinta Pinta, en cambio, hubiera sido un chico completamente normal, de no ser por un sábado al mediodía, ocho años antes, cuando su abuelo Pugliese se antojó de empanadas y no cejó hasta lograr que la madre de Fito, insultando por lo bajo, armara una docena y media y pusiera la grasa a calentar. Cuando las empanadas estaban a punto de ser freídas, Fito Pinta Pinta entró corriendo en la cocina, a los gritos anunciando el gol que acababa de anotar en el potrero de la esquina, gol con el que su equipo había sellado la victoria. En medio de las felicitaciones familiares y en un gesto triunfal, Fito alzó los brazos, enganchó el asa de la sartén y se bañó a sí mismo con grasa hirviente. Una larga y continua cicatriz lo vistió a partir de entonces, desde la cabeza a las rodillas, convirtiendo su piel en un empastado lienzo cubierto de óleo monocromo y mal distribuido, con isletas de tanto en tanto –los ojos, las tetillas, una axila– interrumpiendo el embravecido mar de células muertas. A esas cicatrices superficiales, Fito debió sumar, desde entonces, el repudio y asco popular, que minaron de llagas, también, su hasta entonces simple y feliz mundo interior.

Esos eran los dos amigos de Joaquín. Un trío particular que, sin embargo y a instancias del recién llegado, encontró un lugar de resistencia en medio de la desnudez de la llanu-

ra y las risas y cuchicheos: la literatura. Pronto los tres vistieron largos sobretodos negros, incluso en verano; dejaron de bañarse y llenaron sus bolsillos con las Residencias en Tierra nerudianas y los Montevideanos de Benedetti. Se hicieron poetas y, por lo tanto, se sintieron incomprendidos. Esto les valió el amor de Ana María Somale, la hija de la viuda Somale. Lo que comenzó como admiración a la distancia pronto se convirtió en apasionada defensa y, al poco tiempo, en descarada entrega. De los tres ella eligió, para su iniciación, a Joaquín. Lo arrastró una siesta de enero, sin que Fito ni Batallón se enteraran, a su tranquila cama pueblerina. Ninguno de los dos supo muy bien qué hacer, a él le sorprendió la humedad de ella y, a ella, la timidez de Joaquín y, sin embargo, de ese acto apresurado, culposo y poco o mal logrado, quedaron huellas que a los cuatro meses se convirtieron en visibles pisadas.

El embarazo significó el fin de la amistad. Sintiendo-se traicionados, Fito y Batallón se alejaron del futuro padre y también de los largos sobretodos y los malos versos con errores de ortografía. Fito se hizo verdulero y Batallón consiguió que su progenitor le pagara unas vacaciones para recorrer Florida, conoció a un musculoso y tostado homosexual de Miami Beach al que deslumbró con sus historias de *far west* inventadas y argentinas, se emparejó con él y desde entonces recorren el Golfo de México a bordo de un crucero para jubilados de Queens y New Jersey que se pasan las horas en el salón de las máquinas traga monedas y los escuchan interpretar malos *covers* de cantautores tropicales. En el pueblo nunca más se volvió a mencionar su nombre. Joaquín, mientras tanto, sufrió el par de azotes que le propinó la mano pesada del Gordo Luque y una ca-

chetada certera de la madre de Ana María. La viuda de Somale y el Gerente del Banco Social decidieron que la criatura debía nacer, que no servía de nada obligar a los chicos a casarse, que Joaquín reconocería y daría apellido a su hijo y que comenzaría a trabajar para pasarle a los Somale una manutención semanal.

El día siguiente Joaquín se puso una camisa celeste y una corbata a rayas que tomó prestada del ropero de su padre y pasó a formar parte del plantel de contratados del Banco Social sucursal General Cabrera. Antes de que pasara un mes intentó suicidarse y fracasó sin que nadie se enterara. A los tres meses se dejó atropellar por un camión cargado de novillos holando argentinos, sin conseguir más que dos costillas fisuradas y la quebradura de un brazo. Dos semanas antes de que naciera el bebé tomó veneno para ratas, por lo que, aunque hacía rato que ya no se hablaban más que para ladrarse, la noche en que Joaquín por fin fue padre, él y Ana María estuvieron internados en camas contiguas, en la única habitación disponible de la Clínica Mayo. Ver esa pequeñez rosada que Ana María le tendió por unos instantes hundió más a Joaquín en la desesperación en la que ya casi naufragaba. Esperó a que Ana María se durmiera y huyó de la Clínica y del pueblo: un hijo era demasiada carga para él. Se fue en busca de un lugar lejano, donde nadie lo conociera y donde pudiera olvidar. Ermitaño, recolectó semillas del bosque, armó pulseras y collares que vendió a los turistas y sobrevivió en la más terrible soledad. Durmió a la vera de caminos, conoció el hambre, la desolación y la desidia. Se unió a una banda de hippies posmodernos que viajaban al norte en busca de una poderosa droga que dos indios bolivianos comercializaban en la

frontera y que nunca llegaron a saber si era mito, habladría o realidad. Se perdió en los basurales de una ciudad inmensa. Vivió días enteros sin recordar cuál era su nombre ni por qué portaba un ramo de lirios mustios entre las manos. Pidió limosna. Actuó como guitarrista en un grupo de zamba y con ellos ganó algo de dinero y de autoestima. Fue en esa época cuando el Gordo Luque murió. Dos ataques al corazón consecutivos, la madrugada de un sábado, después de un asado con los muchachos del taller mecánico, dieron cuenta de él. Lo encontraron cubierto de escarcha a la mañana siguiente, tirado en una de las veredas de la plaza, por la que volvía, seguramente, caminando ahíto y plácido a su hogar. Avisaron a la policía y esta se empeñó, pero no logró ubicar a Joaquín hasta mucho después del entierro. Igual él volvió a Cabrera, con barba larga y seguido por un perro flaco que en principio no le dejaron subir al colectivo y por el que tuvo que pagar un pasaje extra y resignarse a no comer hasta llegar de regreso a la casa paterna, pues el dinero que su madre le había girado era apenas el justo y necesario. El perro se llamaba Cachilo y Joaquín lo había encontrado en las cercanías de Tartagal. Ambos se instalaron en su antigua habitación de adolescente y durmieron casi doce horas de corrido antes de salir al living y saludar.

Antes de morir, y siguiendo un impulso que se reveló profético, el Gordo Luque había comprado en el cementerio de Cabrera el panteón que había sido de los Bermi ni y que en plena decadencia familiar los herederos revendieron a buen precio. Al día siguiente, Joaquín fue con su madre a conocerlo. Con calas erguidas y ramas de espinillos florecidos la ayudó a llenar estética y oriental mente los búcaros sobre el altar y se quedó solo y en silencio cuando su

madre se retiró y lo dejó sentado en medio del panteón oloroso a encierro, flores viejas y drenaje, frente al cajón de su padre y con Cachilo durmiendo a su lado, al pie de la silla. Joaquín rezó, o hizo como que rezó y se volvió caminando despacio por las soleadas calles del pueblo, escoltado por el perro, que de tanto en tanto se entretenía correteando algunas gallinas u olfateando perras a las que todavía les faltaban semanas para entrar en celo. Esa noche golpearon a la puerta de su habitación, y la voz suave de su madre anunció que lo buscaban. Ana María se había convertido en una mujer madura y compacta y vestía como cualquiera de las señoras que asistían a los cursos de ikebana de la Casa de la Cultura. De su mano colgaba un chico pálido y peinado con fruición, que miraba todo con ojos grandes.

Se llama Oscar y tiene ocho años, dijo ella.

Hola, Oscar, dijo Joaquín.

Hola, papá, respondió el chico.

Ana María se había casado y había sido madre dos veces más. Su esposo tenía una venta de semillas y agroquímicos y parecían felices. Una noche lo invitaron a cenar en su casa. El esposo de Ana María se llamaba José Manuel, y era de ese tipo de hombres que irradian vitalidad por los poros, que juegan al paddle todos los fines de semana y que se saben inmensamente felices y lo demuestran. A pesar de eso, a Joaquín le cayó bien y mientras el pollo se cocinaba en el horno, charlaron largo rato sobre el precio del maíz y el control de la isoca. Ana María los miraba desde la ventana de la cocina y el pequeño Oscar jugaba con sus hermanos a tirarle la cola a Cachilo. Ana María sacó tres álbumes de fotos y le mostró a Joaquín imágenes de unas vacaciones en

el mar y de cada uno de los cumpleaños del pequeño Oscar. Los banderines y la decoración de la torta se repetían en la de uno y en la de dos años, pero a partir del tercero eran cada vez más lindos y más costosos. Después, Ana María acostó a los chicos y Joaquín y José Manuel tomaron café sentados en el living.

Joaquín pasó unos días más en General Cabrera y se volvió a marchar convencido de que su hijo estaba sano, tenía inteligencia y no padecía problemas mayores. Con la plata de la herencia construyó una serie de cabañas en lo más alto de las sierras, en un valle precioso y rodeado de pinares que había descubierto durante sus días errantes y decidió organizar allí definitivamente su vida.

El negocio funcionaba. Los turistas llegaban desesperados desde las grandes ciudades buscando paz, tranquilidad y silencio. Todos los días Joaquín amasaba pan casero y se los servía tibio con el desayuno, preparaba grandes ollas de dulce y se aseguraba de que los pájaros poblaran los árboles que rodeaban las cabañas y de que Cachilo no ladrara. No hablaba mucho, atendía a la gente y cobraba lo justo. Poco a poco fue juntando dinero, construyendo más cabañas y reinando sobre ellas como un padre anciano reina sobre su tribu. Los atardeceres solían encontrarlo sentado sobre un peñasco, el perro dormido a su lado, la vista sobrevolando los siete tejados rojos que eran todo su capital, las manos ocupadas en tallar un pequeño trozo de madera. Desde alguna de las cabañas subía por entre los pinos un humo tenue de carbón mal quemado y el olor a asado envolvía y acariciaba a Joaquín, llenándole los pulmones. Oscar crecía sano, inteligente y alegre. Se visitaban de tanto en tanto, pero sobre todo se comunicaban con largas cartas manus-

critas, que cada uno redactaba con mucho cuidado, eligiendo las frases, atendiendo a cada adjetivo y cada adverbio como si fueran un regalo. Intercambiaban una o dos por mes. Oscar le contaba sus cosas: estaba por terminar el secundario, amaba a una chica, leía a Neruda y a Benedetti, no le gustaba jugar al fútbol. A la vuelta de correo Joaquín le recomendaba lecturas, incluía hojas secas de fresno y arce entre los pliegos del papel y bocetos a mano alzada de truchas corcoveando sobre el aire del arroyo grande o de la vista de las cabañas en el valle.

Se aproximaba el verano y para una de las cabañas Joaquín todavía no había encontrado inquilinos. Pensó entonces que no era mala idea invitar a José Manuel y a Ana María a pasar unos días en las sierras; Oscar vendría con ellos y también sus dos hermanos. Todos estaban dispuestos a disfrutar unas felices vacaciones juntos. Llegarían el sábado al mediodía, Joaquín los esperaba con el almuerzo en la mesa.

Salieron de Cabrera temprano, con el baúl del auto y el portaequipajes cargado de valijas. José Manuel manejaba y Ana María, a su lado, cebaba mates mientras sus hijos, tres muchachos de entre doce y diecisiete años, dormían en el asiento de atrás. Los dos más grandes la noche anterior habían salido a bailar y se subieron al auto sin siquiera cambiarse la ropa, que todavía estaba impregnada de humo de cigarrillo y fermento de cerveza. Ana María escuchaba las radios de los diferentes pueblos: cuando la frecuencia se perdía, giraba el dial y buscaba otra. En la ruta había poco tránsito y la mañana aparecía gloriosa. De pronto vieron el Renault 12 que iba delante de ellos dete-

nerse en la banquina. José Manuel disminuyó la velocidad y veinte metros antes de llegar a él, el Renault 12 explotó y se convirtió en una gran bola de fuego. Un hombre abrió la puerta incendiada y salió corriendo, sus ropas embebidas de llamas anaranjadas. El hombre atravesó la ruta agitando los brazos, tratando de desprenderse del fuego. Obnubilado por el fulgor y la sorpresa, José Manuel no atinó a frenar y lo atropelló. Sintieron cómo los huesos rozaban la panza del auto. El cuerpo pasó bajo las ruedas, y Oscar y sus hermanos, en el asiento trasero, despertaron por el salto. José Manuel frenó treinta metros más adelante. Todos se bajaron y corrieron junto al hombre en llamas. Hacía calor. El hombre estaba inmóvil. En la banquina el auto seguía ardiendo, brotaba de él una columna de humo negro y pesado. Estallaron los vidrios de las ventanillas y por unos segundos pudieron oír, en el interior del Renault 12, el llanto de un bebé. Después se hizo silencio en medio del campo celeste y solo se oyó el croar de unos sapos en los charcos junto al alambrado y el crepitar del fuego que se apagaba.

El hombre muerto resultó ser un pastor protestante que había emigrado de Norteamérica a principio de los años setenta y se había hecho cargo de los feligreses de su religión en la Argentina. Viajaba frecuentemente por las rutas del país y, por lo que se sabía, no tenía esposas ni hijos. El bebé carbonizado fue una intriga durante algunos días, hasta que supieron de dos alpinistas de Iowa que, dispuestos a ascender al Aconcagua, confiaron su pequeño hijo al sacerdote y que no se enteraron de la tragedia hasta su descenso de las cumbres heladas, una semana más tarde. José Manuel, fue, en principio, encontrado culpable y pasó unos días en la cárcel, pero su abogado logró justificar la sor-

presa y el resto de la familia atestiguó la falta de dolo. Ana María tuvo una crisis nerviosa de la que no se recuperó en mucho tiempo. Mientras tanto, en las sierras, Joaquín, que los había esperado la mañana entera, supuso que algo malo habría pasado. Sin embargo, ocupado en atender a los turistas que poblaban las otras cabañas, nada pudo hacer ni averiguar. Días después Oscar le escribió una carta contando lo sucedido y también, creyó entender Joaquín, culpándolo de haberlos puesto en tal encrucijada: “si las cosas entre nosotros fueran más fáciles, si nunca nos hubieras invitado”, decía. También decía que había decidido estudiar medicina, que se mudaría a Buenos Aires, que ya no creía posible viajar a verlo; que no sabía si le volvería a escribir, que no se preocupara y que no tratara de buscarlo.

Las tardes de Joaquín, entonces, fueron ocupadas por un solo pensamiento: si nunca los hubiera invitado, si nunca hubiera huido, si nunca se hubiera acostado con Ana María, si nunca se hubiera mudado a Cabrera, si el Banco Social no hubiera abierto esa sucursal. Enloquecía ya en su desesperación cuando una turista alemana se apiadó de él, le cortó el pelo y afeitó su barba, lavó sus pies y le permitió llorar sobre sus hombros; lo desnudó en la noche y le enseñó a hacer el amor a la manera en que lo hacen las alemanas: un poco bruscamente, pero lento y lleno de afecto, como una gran madre o una institutriz comprensiva que lava y cura las heridas. “La vida es complicada, no vale la pena tratar de desenredarla”, decía con su voz llena de acentos guturales mientras lo acariciaba. Se llamaba Gertrud y ella y Joaquín se casaron un día de primavera. Tuvieron una hija hermosa, a la que pusieron el nombre de Luz. Cachilo

murió tiempo después. En algún momento, cuando pasó la conmoción y las revelaciones de la pira funeraria del pastor protestante y su ahijado eran ya un recuerdo calmo y lejano, Oscar retomó la costumbre de escribir a su padre y dio noticias de su vida. Estudiaba, haría la especialización en psiquiatría, tenía una novia artista que pintaba obsesivamente su retrato. Las cartas llegaban todos los meses, primero lacónicas y distantes y, después, mientras la corriente de cariño entre padre e hijo se reencauzaba y crecía, mucho más largas, con letra apretada y ansiosa por compartir lo vivido, con muchos signos de exclamación y, a veces, acompañadas por fotografías o postales o recortes de diarios, o boletos de ómnibus capicúas. Joaquín las leía sentado en su banco de madera, pasando lentamente las hojas y deteniéndose en los puntos y aparte para posar la vista en el pinar, las cabañas y la pequeña Luz jugando en el bosque. Junto a él, Gertrud pelaba chauchas, o descarozaba ciruelas para hacer dulce. Joaquín miraba entonces hacia atrás y recordaba. Todo tenía, ahora, sentido.

Estaba en paz. Era un hombre feliz.

# La mula

Iosi Havalio

## Havilio x Havilio

Leo y escribo: contra las ideas, contra el tiempo, contra los libros, contra lo real. Por amor, siempre. Cuando no leo ni escribo, camino, converso, lloro. Como, cojo, sueño y escribo.

Publiqué cinco novelas: *Opendoor*, *Estocolmo*, *Paraísos*, *La Serenidad*, *Pequeña flor*. Tengo un par por venir.

El día que fui a cobrar mi primer sueldo me atropelló una ambulancia que me hizo volar por los aires. No me morí de pedo. Ahora vivo con una placa de titanio en la frente. Pasé tres meses en coma, inconsciente de toda inconsciencia. De esa época me viene una nube. Una nube larga y deforme, con cola de dragón. Y algunos ruidos. A metales pesados. Y un murmullo constante, de olas rompiendo contra unas rocas, rompiendo y haciendo sonar una pared de mejillones. Yo nunca vi el mar. Nunca vi olas de verdad. Tampoco mejillones.

No me desperté de golpe. No fue como en las películas. Durante un tiempo, una semana o dos, estuve con los ojos a medio abrir. Electrificados. Mamá al principio se puso contenta, pero con los días fue cayendo y se angustió más que antes. Los médicos le explicaron que se trataba de movimientos reflejos, los músculos de los párpados tienen vida propia, le dijeron.

El día que volví al mundo me encontré con otro par de ojos. Los de una niña que estaba en la cama de al lado. Una niña que me miraba fijo con unos remolinos oscuros metidos para adentro en una carita ovalada, más bien fea.

Me observaba con asombro, arqueando las cejas hasta más no poder. Como preguntándome: ¿Por qué volver? ¿Por qué ahora? ¿Para qué? Ya no podía hacer nada, ya no había vuelta atrás. Cuando apareció mamá, me entró una tristeza tremenda. ¿Por qué ahora? ¿Para qué?

Me fueron contando lo que había pasado, trataron de ayudarme a reconstruir el accidente. ¿Qué accidente? De a poco aparecieron algunos flashes, luces, formas y un zumbido. Yo iba en la moto y crucé en rojo, la ambulancia quiso sobrepasarme para doblar, lo hizo mal o muy justo, me pegó atrás y mordí el cordón a toda velocidad. La primera palabra que dije fue agua, después de agua, sol, después de sol, mierda.

Más tarde ese mismo día, otro, ya no sé, vino un médico y me hizo ver la frente reflejada en un espejo. Me mostró el rectángulo salido para afuera donde me habían puesto la placa reemplazando el pedazo de cráneo que habían recortado para descomprimir la sangre. El hueso se había unido a la placa perfectamente. También me mostró una cicatriz de oreja a oreja que me parte el flequillo en dos.

La vuelta a casa fue difícil. Tuvieron que reacomodar todo, por un tiempo no iba a poder subir las escaleras hasta mi cuarto. Me armaron una cama en el sillón, frente a la tele. De la mañana a la noche metido entre esos muebles que detesto, con mi vieja y mi viejo merodeando. Solo salía para ir a la rehabilitación a unas cuadras de casa. Mis padres me hicieron jurar que nunca más me iba a subir a una moto y me compraron una bicicleta. No juro, les dije.

Yo no había sido el único sobreviviente. Después de chocarme, la ambulancia subió a la vereda y se llevó por delante un cochecito con una beba que también salió por los aires.

Dio contra unas rejas y cayó al asfalto. La beba llegó muerta al hospital, la reanimaron y revivió. A la semana estaba otra vez en su casa como si nada. Se hizo famosa, en el diario la llamaron la beba milagrosa. Mamá insistió en que tenía que ir a verla, que era importante que nosotros nos juntáramos. Vivía en una casucha del otro lado de la catedral, por los fondos. Era una beba muy gorda y rosada. La madre nos contó que la gente del barrio insistía en visitarla pero ella no los dejaba pasar: Tampoco se trata de que mi hija sea un santuario. A nosotros sí, por lo que habíamos vivido. Tomamos mate y comimos unas galletas de limón deliciosas que horneó delante de nosotros. En un momento la beba se largó a llorar, dormida como estaba, lloraba y lloraba, con el ceño fruncido. La madre la alzó, intentó calmarla pero siguió llorando y llorando... hasta que la cara se le puso roja, infló los cachetes y largó un vómito blanco, blanquísimo. Una pasta que no puedo sacarme de la cabeza.

En la rehabilitación conocí a Diana. Una mujer que coordinaba los movimientos en la barra. Alta y maciza, con una de esas caras más grandes de lo normal, ojos color uva y mucho pelo enmarañado que le tapaba los hombros. Me hizo dar los primeros pasos diciéndome al oído palabras de aliento. Entre ejercicio y ejercicio nos sentábamos a charlar. Decía que mis avances eran notables y me acariciaba la cabeza. Estaba fascinada con la placa que tenía en la frente.

Al mes ya podía caminar más o menos normalmente. Tramos cortos, una cuadra, dos, hasta la plaza ida y vuelta. Ahí empezaron unos terribles dolores de cabeza. Y pinchazos, en la cintura y en las piernas. Diana me dijo que era normal, por el letargo de todo ese rato sin moverme. Mi hermana vino a visitarme y me trajo un frasco con flores.

Me pasaba las tardes fumando en el patio, dormitando y colgado del cielo. Entre sueños se me aparecía la cola del dragón, cada vez más ancha, cada vez más larga, juguetona. Y siniestra.

Me tomó un tiempo agarrar la bicicleta, encariñarme. Arranqué con viajecitos por el barrio, a la panadería, a la farmacia. Un sábado a la tarde me animé y salí a andar de verdad. A la deriva. Pasé por lugares que no veía desde muy chico. La plaza hundida, el viejo estadio, los piletones, el arenal, los monoblocks que habían quedado a medio demoler. Hasta que se terminaron las calles y encaré por un camino que nunca había visto antes. Un sendero angosto que se metía por un bosque muy tupido. Anduve un rato largo, bastante feliz, queriendo que no se terminara nunca.

En un momento, se abrió un claro, sin árboles ni nada, con un montón de gente formando una rueda. Todos sentados y en silencio. Los observé a la distancia, parecían en trance, los ojos cerrados y tomados de las manos. Apoyé la bicicleta contra unos arbustos y me acerqué un poco más. No estaban exactamente en silencio. Producían un murmullo finito que fue creciendo y creciendo hasta que se apagó de golpe. En un dominó al revés se pusieron de pie unos después de otros, se soltaron las manos. Algunos se juntaron en grupos, otros se perdieron solos.

Ahí fue que la vi a Diana. O ella me vio primero a mí, porque cuando quise darme cuenta la tenía a cinco metros. Me sonrió y me hizo un gesto para que la siguiera. Caminamos a la par, ella suelta de brazos, yo llevando la bicicleta por el manubrio. Diez, quince minutos de marcha sin decirnos mucho (algo sobre el bosque, la altura de los árboles, los troncos secos, los hongos silvestres). Nos detuvimos al

pie de una torre de piedra. De un castillo pero sin castillo. Esta es La mula, dijo.

Entramos. Todo era más bien oscuro y húmedo. Muy húmedo. Un círculo hundido en el medio, un hogar sin cocina, unos almohadones tirados por ahí y algunas pilas de libros en el suelo. Subimos por una escalera, dos, tres pisos. Diana abrió una puerta y me hizo pasar a un cuarto más o menos normal: un escritorio contra la ventana, una cama grande en la otra pared y unos percheros de feria llenos de ropas coloridas. Vení, me dijo y se sentó en la cama. Me desnudó, ella se quedó vestida. Se puso a acariciarme la frente un rato largo y me contó una historia.

Hace muchos años acá vivía un hombre que tenía cien hijas. Ni una más ni una menos. Había tenido hijos varones también pero los había sacrificado a todos, les tenía fobia a los hombres. Las hijas del holandés (le decían el holandés por un viaje que había hecho pero era un indio de la zona) se ocupaban de sembrar la tierra, criar animales, construir. Un año, hubo una gran inundación que se devoró todo, la siembra, los terneros, las casas. El holandés que ya estaba bastante viejo no pudo resistir la catástrofe y murió de una de esas enfermedades que trae el agua. También cayeron algunas de sus hijas. En la desesperación, las mujeres que sobrevivieron se organizaron, armaron un ejército y salieron a depredar pueblos vecinos, primero a pie porque no tenían otra forma, después en las canoas y los caballos que fueron robando. Arrasaban con todo, telas, vasijas, alimentos. Y raptaban mujeres, para volver a ser cien. Entre los trofeos, se trajeron una mula. Nunca antes habían visto una mula, solo en cuentos. Decidieron que la mula era un ser sagrado, *su* ser sagrado. La adoraron por años. Cuando

murió, hicieron una ceremonia de luna a luna y la enterraron acá mismo. El verano siguiente construyeron esta torre en su nombre. Un homenaje.

Desde ese día, cada sábado a la tarde pedaleaba hasta el bosque para encontrarme con Diana. Todo más o menos siempre igual, me desnudaba, me acariciaba la frente y me contaba la historia del ejército de las cien hijas con algún detalle nuevo.

Una sola vez se desnudó ella también, se acostó a mi lado. Tenía un cuerpo grande, dos veces el mío, muy blanco. Y blando, muy blando. Unas tetas inmensas. Nos besamos, nos acariciamos, nos chupamos, hicimos el amor durante horas, como nunca hubiera imaginado que fuera posible hacer el amor, y nos quedamos dormidos. Cuando me desperté Diana no estaba por ningún lado. Bajé, subí, volví a subir y bajar, nada. Me senté en el borde de la cama con la vista en el bosque queriendo entender. En eso apareció un gato por la ventana, un gato gordo y gris. Me miró fijo a los ojos, tan fijo que daba miedo.

¿Y vos quién sos?

¿Yo? Nadie... uno acá metido en este cuento.

Sí, sí, ya sé... pero digo ¿qué haces ahí sentado?

No sé, estoy esperando, a ver...

¿Qué te pasó en la frente?

Tuve un accidente... me atropellaron andando en moto.

Qué raro... parece como algo de nacimiento. ¿Ves esos árboles de allá, los más altos?

Sí... los veo.

Vení, acercate.

¿Qué son para vos?

No sé, árboles... palmeras no son.

Yo no te digo qué tipo de árboles son, te pregunto qué son además de árboles...

No entiendo...

Las cosas no son solo lo que parecen ser... esos árboles de allá son árboles, sí, pero no son solo árboles, podrían ser monstruos, puertas, agujeros negros... Hace muchos años acá vivía un hombre que había tenido noventa y nueve hijas, mujeres...

Sí, sí, conozco la historia...

¿Qué historia?

La del ejército...

Nada que ver, en lo que te estoy contando no hay ningún ejército... cuando nació la hija número cien enseguida se convirtió en la preferida del padre y la envidia del resto de las hermanas... él la malcriaba, ellas le hacían maldades... pequeñas, grandes, maldades... había nacido con una mancha blanca en la nariz y unos dientes medio salidos para afuera... el padre le decía mi mulita, las hermanas la llamaban "la mula"... pasaron los años, la chica creció, se volvió cada vez más bella y furiosa... el asunto es que las hermanas fueron desapareciendo, de una en una, de a tres, diez en una noche... así hasta que la mula, la mulita... se quedó sola con su padre... la leyenda cuenta que ella las embrujaba mortalmente... sin querer, las engualichaba... el día que cumplió veinte, el padre murió... después no se sabe bien qué pasó, ella fue la única testigo de su destino... unos leñadores la encontraron muerta en este mismo lugar y acá la enterraron... a alguien se le ocurrió construir esta torre para tapar la historia... para alejar los fantasmas que recorren estas tierras... ahora podés hacerme una pregunta, una sola pregunta...

¿Una pregunta? No sé qué preguntar...

¿No querés saber si yo soy la reencarnación de esa mujer salvaje?

Sí... puede ser.

¡Preguntame!

¿Sos la reencarnación de esa chica?

No, no lo soy... Yo no soy ninguna mula. Además, eso pasó hace más de un siglo...

Dijo el gato, se arqueó, se estiró y siguió de largo.

Esa mañana, volviendo a casa en bicicleta, tuve otro accidente. Menos grave. Pero que me dejó postrado. Esta vez me atropelló una moto. No perdí el conocimiento pero el fémur derecho me quedó más corto. Volví al living. Me la paso fumando y mirando televisión. Mi viejo dice que lo mío no son las dos ruedas. Vos tenés que trabajar, ahorrar de verdad y comprarte un auto. ¡Eso nunca!

# Hoy temprano

Pedro Mairal

## Mairal x Mairal

Nací en Buenos Aires en 1970. Mi novela *Una noche con Sabrina Love* recibió el Premio Clarín de Novela en 1998 y fue llevada al cine en 2000. Publiqué además las novelas *El año del desierto*, *Salvatierra* y *La uruguayaya*; un volumen de cuentos, *Hoy temprano*; y los libros de poesía, *Tigre como los pájaros*, *Consumidor final* y *Pornosonetos*. En 2011 conduje el programa de televisión sobre libros *Impreso en Argentina*. En 2013 publiqué *El gran surubí*, una novela en sonetos, y *El equilibrio*, una recopilación de mis columnas. Mis artículos y crónicas están publicados en *Maniobras de evasión*.

Salimos temprano. Papá tiene un Peugeot 404 bordó, recién comprado. Yo me trepo a la luneta trasera y me acuesto ahí a lo largo. Voy cómodo. Me gusta quedarme contra el vidrio de atrás porque puedo dormir. Siempre estoy contento de ir a pasar el fin de semana a la quinta, porque en el departamento del centro, durante la semana, lo único que hago es patear una pelota de tenis en el patio del pozo de aire y luz que está sobre el garaje, un patio entre cuatro paredes medianeras altísimas y sucias por el hollín de los incineradores. Si miro para arriba, en ese patio parece que estuviera adentro de una chimenea; si grito, el grito apenas sube pero no llega hasta el cuadrado de cielo. El viaje a la quinta me saca de ese pozo.

En la calle hay poco tránsito, quizá porque es sábado o porque todavía no hay tantos autos en Buenos Aires. Llevo un autito Matchbox adentro de un frasco para capturar insectos y unos crayones que ordeno por tamaño y que no me tengo que olvidar al sol porque se derriten. A nadie le parece peligroso que yo vaya acostado en la luneta. Me gusta el rincón protector que se hace con el vidrio de atrás, al lado de la calcomanía de la Proveduría Deportiva. En el

camino miro el frente de los autos porque parecen caras: los faros son ojos, los paragolpes son bigotes, y las parrillas son los dientes y la boca. Algunos autos tienen cara de buenos; otros, cara de malos. Mis hermanos prefieren que yo vaya en la luneta porque así tienen más lugar para ellos. Yo no viajo en el asiento hasta más adelante, cuando hace demasiado calor o cuando ya no quepo en la luneta porque crecí un poco. Tomamos una avenida larga. No sé si es porque hay muchos semáforos pero vamos despacio, además después ya el Peugeot está medio roto, tiene el caño de escape libre y hay que gritar para hablar; una de las puertas de atrás está falseada y mamá la ató con el hilo del barrilete de Miguel.

El viaje es larguísimo. Sobre todo cuando no están sincronizados los semáforos. Nos peleamos por la ventana, ninguno de los tres quiere sentarse en el medio. En la General Paz nos turnamos para sacar la cabeza por la ventana con las antiparras de agua de Vicky, para que no nos lloren los ojos por el viento. Papá y mamá no dicen nada. Salvo cuando pasamos por la policía, ahí hay que sentarse derechos y estar callados. Cuando ya tenemos el Renault 12, a Miguel se le vuela por la ventana medio pilón de figuritas de Titanes en el Ring y papá frena en la banquina para juntarlas porque Miguel grita como un enloquecido. Yo veo de repente que se nos acercan dos soldados apuntándonos con la metralleta, diciendo que estamos en zona militar. Le hacen preguntas a papá, lo palpan de armas, le revisan los documentos y después tenemos que seguir viaje sin juntar las figuritas que quedan ahí desparramadas, incluso la autografiada por Martín Karadagián.

Papá busca música clásica en la radio, a veces consigue sintonizar bien la emisora del Sodre. Nosotros estamos a las patadas en el asiento de atrás cuando de repente papá sube el volumen y dice “escuchen esto, escuchen esto” y hay que hacer una pausa silenciosa en medio de una toma de judo para escuchar una parte de un aria o de un adagio. Después, cuando llegan los pasacasetes para autos, el viaje a la quinta se hace bajo el dominio absoluto de Mozart. Miramos pasar hacia atrás el camino prolijo, los árboles podados con los troncos pintados de blanco, y escuchamos los quintetos para cuerdas, las sinfonías, los conciertos para piano, las óperas. Vicky lidera rebeliones para tapar a las sopranos de *Las bodas de Fígaro* o de *Don Giovanni* con nuestro cántico filial favorito que dice “Queremos comer, queremos comer, sangre coagulada revuelta en ensalada...”. Pero después Vicky empieza a traer libros para el viaje y los lee sin prestarle atención a nadie, en silencio, cada vez más enojada, porque la obligan a venir, hasta que le dan permiso para quedarse los fines de semana en el centro para ir al cine con sus amigas, que ya salen con chicos, y entonces Miguel y yo tenemos cada uno su ventana indiscutible, aunque invitemos a un amigo.

Sentimos que no vamos a llegar nunca. Hay largas esperas a medio camino mientras mamá compra muebles de jardín o plantas, aprovechando que papá se quedó trabajando en casa. Con Miguel jugamos en el asiento de atrás a ver quién aguanta más sin respirar; cada uno le tapa el tubo del snorkel al otro para que no haga trampa, o, si no, improvisamos un partido de paleta con un bollo de papel y las dos patas de rana. Esperamos tanto que Tania se pone a ladrar, porque no aguanta más encerrada en la parte de

atrás de la Rural Falcon que tenemos después del Renault. Entonces aparece mamá, con plantas o macetas o algún mueble que hay que atar al techo, y seguimos viaje.

Los amigos que invita Miguel van cambiando. Yo los miro con asombro, con ansiedad perversa, porque sé que cuando lleguemos van a empezar a caer en las trampas que Miguel deja siempre preparadas: el ratón muerto dentro de las botas de goma para el invitado, el fantasma del galpón, la farsa de los chanchos asesinos, el pozo tapado con hojas y ramas al lado de la fila de palmeras que se ve desde la casa. Dentro del auto, en los embotellamientos de la ruta a media mañana, yo miro a los amigos de Miguel y paladeo por primera vez el mal. Prefiero a los confiados y prepotentes, porque sé que les va a resultar más intensa la humillación de esas trampas en las que yo colaboro de un modo oblicuo, indefinido. Los invitados de Miguel casi nunca vuelven a venir.

Cuando terminan el primer tramo de la autopista y ponen el peaje, el tráfico avanza mejor. Vicky va por su cuenta, con amigas que tienen auto. Papá ya casi no viene. En la Rural destartalada, mientras mamá maneja, Miguel me usa el cuaderno de dibujo garabateando planos y elaborando estrategias para espiar a las amigas de Vicky cuando se cambian. Después Miguel empieza a venir cada vez menos, y yo tengo todo el asiento de atrás para dormir. Mamá frena y me despierta para que le ponga agua al radiador, que pierde y recalienta el motor. Compramos una sandía al costado de la ruta.

En la barrera del tren, donde antes había uno o dos vendedores ambulantes, ahora hay amputados o paralíticos que piden limosna y otros que ofrecen revistas, pelotas, bi-

romes, herramientas, muñecos. También en los semáforos del pueblo que atravesamos piden una moneda o venden flores y latas de gaseosa. A papá le dieron el Ford Sierra de la empresa, que tiene botones automáticos y, como a Miguel lo asaltaron hace poco, mamá me hace bajar los seguros y cerrar las ventanas en los semáforos porque le dan miedo los vendedores. Dice que se le tiran encima y que, además, Duque los puede morder. Después, la excusa del aire acondicionado ayuda a que ya no vayamos más con la ventana abierta. El auto comienza a ser una cápsula de seguridad, con un microclima propio. Afuera cada vez hay más basura, más pintadas políticas. Adentro, la música suena nítida en el estéreo nuevo y mamá tolera con paciencia los casetes que yo pongo de Soda o de Police.

El auto es más rápido y todo el tiempo parece que estamos por llegar. Sobre todo cuando empiezo a manejar yo, que aumento la velocidad sin que mamá se dé cuenta porque viene tranquila en el asiento del acompañante mirándose en el espejo su último lifting, que le tira la piel para atrás como si fuera un efecto de la aceleración. Después, cuando muere papá, mamá prefiere que maneje Miguel, que volvió como el hijo pródigo, porque Vicky ya está viviendo en Boston. Para mí la ruta se empieza a enrarecer porque manejo el Taunus amarillo del padre del Chino, en el que dejamos cerradas las ventanas, no por miedo a que nos roben sino para que el humo de la marihuana no pierda densidad. Escuchamos “Wild Horses” y hay momentos casi espirituales en los que la velocidad total de la ruta parece cobrar una lentitud serena en el paisaje enorme y chato. Después manejo el auto de la madre de Gabriela, que por suerte es gasolero y no gasta demasiado en las escapadas

que nos hacemos cualquier día de semana para estar solos un rato. Ya se está hablando el tema de la expropiación pero es apenas una advertencia, faltan todavía dos gobiernos. Gabriela se pone unos vestiditos que me obligan a manejar con una sola mano y a acariciarle los muslos con la otra, subiendo desde las rodillas lentamente, sin necesidad de poner los cambios porque dejó el motor a fondo mientras Gabriela me pide al oído que no me apure, que esperemos a llegar. Nunca se hizo tan largo el viaje. La quinta está allá lejos, inalcanzable.

Más adelante, a Gabriela le empieza a crecer la panza y viajamos para tratar de integrarnos a la vida familiar. Vamos en el Volkswagen que nos presta su hermano. Ya usamos cinturón de seguridad, ya empezamos a tener miedo de morirnos y faltan pocos kilómetros. Los años pasan hacia atrás cada vez más rápido. Hay muchos más autos en la ruta y más peajes. Están terminando la autopista. Frenamos en una estación de servicio, discutimos. Gabriela llora en el baño. Tengo que pedirle que salga. Después compramos el *baby seat* para Violeta y ella va chiquitita y dormida en el asiento de atrás, también con cinturón de seguridad. Los tres atados.

Piso el acelerador porque quiero llegar temprano para almorzar. Gabriela dice que no importa, que podemos parar en el Mc Donald's. Discutimos. Gabriela me desprecia. Yo me pongo los anteojos negros y acelero más. Aprovecho el viaje para escuchar demos de jingles para radio. Aprieto con las manos el volante del Escort. Falta poco. Gabriela me pide que vaya más despacio, después deja de venir, se va con Violeta a lo de la madre los fines de semana. Manejo solo, escucho los conciertos para piano de Mozart en com-

pacts que suenan perfectos. El motor de la 4x4 no hace ruido. La autopista está terminada, con alambre a los costados para que no cruce la gente. Voy por el carril rápido. Miro el velocímetro: ciento sesenta y cinco. Estoy por pasar por el lugar exacto. Veo de lejos las tres palmeras y espero a que se alineen. Se acercan, me acerco, hasta que la primera palmera tapa a las otras dos y digo “acá”, y es como si lo gritara, pero lo digo despacio, lo digo en el punto exacto donde estaba la casa antes de la expropiación, antes de que la demolieran y construyeran arriba la autopista. Siento que por una milésima de segundo paso por adentro de los cuartos, por arriba de la cama donde jugábamos con Miguel a Titanes en el Ring, paso por las tumbas de Tania y Duque entre las plantas de mamá, paso por un olor húmedo y metálico, por un sabor a ciruelas verdes tiradas en el fondo de la pileta para bucearlas más tarde, paso por el miedo a una culebra que salió cuando dimos vuelta una chapa, por la noche de lluvia en que jugamos a embocar una pelota en el único cuadrado roto de la ventana para obligarnos a buscarla con linterna entre los sapos y los charcos. Ahora es un malón incesante de autos que pasa por encima del fantasma de la casa. Son las doce en punto y el sol resplandece en el asfalto. Soy un hombre divorciado, un publicista que va al country de su hermano por primera vez y se olvidó las instrucciones de cómo llegar y está perdido, un hombre que no sabe dónde frenar y sigue viajando en el auto desde que salió hoy temprano, hace mucho, acostado en la luneta de atrás.



## Sobre los autores

Eugenia Almeida

Eugenia Almeida nació en Córdoba en 1972. En 2005 ganó el Premio Internacional de Novela “Dos Orillas” organizado por el Salón del Libro Iberoamericano de Gijón (España) por *El colectivo*, libro que ha sido publicado en Argentina, España, Grecia, Islandia, Francia, Italia, Portugal y Austria. Su novela *La pieza del fondo*, publicada en Francia y Argentina, fue seleccionada como finalista del Premio Rómulo Gallegos 2011. En abril de 2015, publicó el libro de poesía *La boca de la tormenta*. Su tercera novela, *La tensión del umbral*, recibió en Francia el Premio Transfuge a la mejor novela hispánica. Conduce la columna “Las palabras y las cosas” en el programa “Mirá quién habla” en 102.3 (SRT de la Universidad Nacional de Córdoba) y coordina talleres de lectura y clínicas individuales de escritura.

Rosario Bléfari

Rosario Bléfari es cantante, actriz, y escritora argentina. En 1989 fundó la banda Suárez, luego continuó su carrera

como solista y actualmente forma parte de la banda Sué Mon Mont, además de participar en proyectos paralelos. Ha participado en más de doce películas dirigida por Luisa Bemberg, Albertina Carri, Milagros Mumenthaler, Mariano Galperín y Martín Rejtman, entre otros. En 2002 publicó su primer libro de poemas, *Poemas en prosa*, seguido de *La Música equivocada* (2009), y en 2016 publicó dos libros de cuentos, *Antes del río* y *Mis ejemplos*.

Gabriela Cabezón Cámara

Gabriela Cabezón Cámara nació en Buenos Aires en 1968. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y es periodista cultural y escritora.

En 2009 publicó su primera novela, *La Virgen Cabeza*, que fue finalista del Memorial Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón, seguida de la novelle *Le viste la cara a Dios* (2011), transformada en novela gráfica bajo el título *Beya* (2013) en coautoría con Iñaki Echeverría, por la que recibió el Premio Alfredo Palacios del Senado de la Nación Argentina y fue declarada de Interés Social y Cultural por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires y por la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires por su aporte a la lucha contra la trata de personas. En 2014 publicó la novela *Romance de la negra rubia*, seguida de *Las aventuras de la China Iron* (2017).

En 2013 fue becada como Resident Writer en la Universidad de Berkeley, California. Trabajó como editora de Cultura del diario *Clarín* hasta 2014. Actualmente coordina talleres y clínicas de escritura y ejerce el periodismo

de manera independiente, colaborando con medios como *Página/12*, la revista de historietas *Fierro*, el blog de Eterna Cadencia y la revista de crónica *Anfibia*, entre otros.

### Jorge Consiglio

Jorge Consiglio nació en Buenos Aires en 1962 y es licenciado en Letras de la Universidad de Buenos Aires. Publicó cuatro novelas: *El bien* (2003), por el que recibió el premio “Nuevos narradores” de la editorial Opera Prima de España; *Gramática de la sombra* (2007), que obtuvo el Tercer Premio Municipal de Novela; *Pequeñas intenciones* (2011), que fue Segundo Premio Nacional de Novela y Primer Premio Municipal de Novela, y *Hospital Posadas* (2015).

Ha publicado tres libros de cuentos: *Marrakech* (1999); *El otro lado* (2009), por el que obtuvo el Segundo Premio Municipal de Cuento, y *Villa del Parque* (2017).

También ha publicado cuatro libros de poesía, *Indicio de lo otro* (1986), *Las frutas y los días* (1992), *La velocidad de la tierra* (2004) e *Intemperie* (2006). En 2017 publicó *Las Cajas*, un libro que reúne una selección de textos breves publicados en el blog de Eterna Cadencia.

Actualmente, da clases de escritura creativa y dirige junto a Christian Kupchik la editorial Leteo.

### Mariana Enriquez

Mariana Enriquez nació en La Plata en 1973 y es periodista, subeditora del suplemento *Radar* del diario *Página/12*

y docente universitaria. Ha publicado las novelas *Bajar es lo peor* (1994; 2013), *Cómo desaparecer completamente* (2004), *Chicos que vuelven* (2011) y *Este es el mar* (2017). Además de los libros de cuentos *Los peligros de fumar en la cama* (2009) y *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016), publicado en veinte países y por el que recibió el premio Ciutat de Barcelona en la categoría “Literatura castellana” en 2017. En no ficción ha publicado el ensayo *Mitología celta* (2007), las crónicas *Alguien camina sobre tu tumba. Mis viajes a cementerios* (2013) y la biografía-perfil *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo* (2014).

Federico Falco

Federico Falco nació en General Cabrera, provincia de Córdoba, en 1977, y es licenciado en Comunicación.

Ha publicado los libros de cuentos *222 patitos* (2004, 2014), *00* (2004), *El pelo de la Virgen* (2007), *La hora de los monos* (2010) y *Cementerio perfecto* (2016). En poesía publicó la plaqueta *Aeropuertos, aviones* (2006) y el libro *Made in China* (2008). En 2011 publicó la nouvelle *Cielos de Córdoba* y la obra de teatro *Diosa de Barrio* (2010).

En 2009 recibió una beca de la New York University y el banco de Santander para realizar un MFA en Escritura Creativa en Español y durante 2012 participó del International Writing Program de la Universidad de Iowa.

En 2010 fue seleccionado por la revista *Granta* para integrar su número dedicado a los mejores narradores jóvenes en español.

## Inés Garland

Inés Garland es escritora, traductora y periodista. Su primera novela, *El rey de los centauros*, se publicó en 2006, seguida por el libro de cuentos *Una reina perfecta* (2008), por el que recibió el premio del Fondo Nacional de las Artes. En 2014 publicó *La arquitectura del océano* y en 2017 *Una vida más verdadera*. Entre sus libros para jóvenes se encuentran *Piedra, papel o tijera* (2009), traducido al alemán y al francés, y por el que recibió los premios de ALIJA (Asociación de Literatura Infantil y Juvenil Argentina) y Deutscher Jugendliteraturpreis, el Premio de Literatura Juvenil más importante de Alemania. También ha publicado *El jefe de la manada* (2014) y *Los ojos de la noche* (2016).

Ha traducido a Lydia Davis y Sharon Olds. Actualmente, traduce y da talleres de escritura.

## Iosi Havilio

Iosi Havilio nació en Buenos Aires en 1974. Estudió filosofía, cine y música. Publicó las novelas *Opendoor* (2006), *Estocolmo* (2010), *Paraísos* (2012), *La Serenidad* (2014) y *Pequeña Flor* (2015). En 2011 ganó la beca del Fondo Nacional de las Artes. Ha sido traducido al croata, inglés, italiano, francés y turco. Actualmente, coordina talleres de escritura.

## Pedro Mairal

Pedro Mairal nació en Buenos Aires en 1970. Su primera novela, *Una noche con Sabrina Love*, recibió el Premio Clarín en 1998 y fue llevada al cine. Luego publicó las novelas *El año del desierto* (2005), *Salvatierra* (2008), el volumen de cuentos *Hoy temprano* (2001) y los libros de poesía *Tigre como los pájaros* (1996), *Consumidor final* (2003) y *Pornosonetos I* (2005) y *Pornosonetos II* (2008). En 2007 fue elegido por el jurado de Bogotá<sup>39</sup> como uno de los mejores escritores jóvenes latinoamericanos.

En 2011 condujo el programa de televisión *Impreso en Argentina*. En 2013 publicó la novela en sonetos *El gran surubí* y *El equilibrio*, una recopilación de las columnas que escribió para el semanario *Perfil*. *La uruguaya*, novela publicada en 2016, recibió el premio Tigre Juan en España. Su último libro es *Maniobras de evasión* (2017), que reúne una serie de textos no ficcionales.

Actualmente, trabaja como guionista y escribe para distintos medios gráficos.

## Eduardo Sacheri

Eduardo Sacheri nació en Buenos Aires en 1967 y es profesor y licenciado en Historia, guionista y escritor. Ha publicado los libros de relatos *Esperándolo a Tito* (2000), *Te conozco*, *Mendizábal* (2001), *Lo raro empezó después* (2004), *Un viejo que se pone de pie* (2007), *Los dueños del mundo* (2012) y *La vida que pensamos* (2013); y las novelas *La pregunta de sus ojos* (2005; 2009), *Aráoz y la verdad* (2008), *Papeles en el viento*

(2011), *Ser feliz era esto* (2014) y *La noche de la Usina* (2016), ganadora del Premio Alfaguara.

*La pregunta de sus ojos* fue llevada al cine por Juan José Campanella, con el nombre *El secreto de sus ojos*, film distinguido con numerosos premios –entre ellos el Oscar a la mejor película extranjera (2010)– y cuyo guion estuvo a cargo de Eduardo Sacheri y Juan José Campanella. *Aráoz y la verdad* fue adaptada al teatro y *Papeles en el viento* fue filmada por Juan Taratuto.

Su obra ha sido traducida a más de veinte idiomas. Colabora en diarios y revistas nacionales e internacionales y dicta clases de Historia en el secundario.



## Fundación Filba

Somos una organización sin fines de lucro que quiere que la literatura circule.

Desde hace diez años, y durante todo el año, trabajamos en el Filba Internacional, un festival de literatura que reúne en Buenos Aires a escritores argentinos y extranjeros en una fiesta literaria. Viajamos a las provincias con el Filba Nacional, un festival de literatura itinerante que recorre el país con escritores argentinos. El Filbita es un festival dedicado a la literatura infantil, con actividades para chicos y chicas y también para adultos. Y Filba Escuelas es un programa en el que capacitamos a docentes y bibliotecarios en distintas escuelas del país.

Todo esto lo hacemos con la pasión y la certeza de que, si la literatura circula, todas y todos seremos un poco más iguales y más libres. Por eso, no paramos.

Encontrá más info en [www.filba.org.ar](http://www.filba.org.ar).



Esta edición de *Corriente alterna* se terminó  
de imprimir en julio en la Ciudad de Buenos Aires,  
Argentina.